

LA LITURGIA DE LAS HORAS, FUENTE DE VIDA ESPIRITUAL

JUAN JOSÉ SILVESTRE

SUMARIO: I. *Introducción: la vida espiritual, vida de unión con Dios.* II. *El misterio pascual, genuina fuente de vida espiritual.* 1. Unión con Dios: anhelada por el hombre, preparada en el Pueblo de Israel. 2. La unión con Dios se hace posible. 3. Misterio pascual, liturgia y vida espiritual. III. *La oración de Cristo.* 1. Oración de Cristo y Misterio pascual. 2. Nuestra participación en la oración de Cristo: la Eucaristía. 3. Eucaristía y Liturgia de las Horas. 4. Liturgia de las Horas: escuela privilegiada de la oración de Cristo. IV. *Liturgia de las Horas: oración de la Iglesia.* 1. El medio privilegiado de encuentro que transforma y une con Dios. 2. La Liturgia, escuela de encuentro con Dios. 3. Encuentro con la Palabra divina. 4. Encuentro con Dios de la mano de la Iglesia de todos los lugares y tiempos. V. *Conclusión.*

I. INTRODUCCIÓN: LA VIDA ESPIRITUAL, VIDA DE UNIÓN CON DIOS

«**L**a Liturgia de las Horas, fuente de vida espiritual». La lectura del título de este artículo puede sugerir en primer lugar la pregunta: ¿qué es la vida espiritual? Pienso que caben modos diversos de responder, pero una primera y sencilla respuesta la encontramos en la encíclica *Mediator Dei*: «El ideal de la vida cristiana consiste en que cada uno se una con Dios íntima y constantemente».¹

Pero, viene entonces a la mente esta pregunta ¿qué relación existe entre esa unión con Dios y la Liturgia de las Horas? Y la respuesta brota, en cierto modo, espontánea: «la ley suprema, y de algún modo la gran ley de la vida espiritual, es la unión con Cristo. Y tal unión encuentra en la oración su expresión privilegiada. Se trata de una unión tan estrecha que de algún modo es identidad. El esfuerzo incesante de identificarnos con Cristo, que comprende toda la vida, tiene ahí su fin y al mismo tiempo su fuente, de donde saca siempre nuevas energías de vida».²

Con esta respuesta hemos puesto en evidencia el hilo conductor de esta sesión: la Liturgia de las Horas es oración. De hecho, «el Oficio divino realiza perfectamente aquella ascensión de nuestra mente a Dios y aquel coloquio del hombre con Dios en que consiste toda oración».³ De ahí que «cuando la oración del Oficio se convierte en verdadera oración personal, entonces se manifiestan mejor los lazos que unen entre sí a la liturgia y a toda la vida cristiana».⁴

¹ Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, 20.XI.1947, AAS 39 (1947) 572.

² R. LEIKAM, *Te alabaré por siempre. Introducción a la Liturgia de las Horas*, Obra nacional de la buena prensa, México 2002, 466.

³ A. CUVÁ, *La presenza di Cristo nella liturgia*, Edizioni Liturgiche, Roma 1973, 104.

⁴ PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 723.

Así pues, para comprender la espiritualidad de la Liturgia de las Horas partiremos del dato de la fe: la dimensión cristológico-trinitaria de la oración cristiana presente en la Liturgia de las Horas que hace que sea fuente de vida espiritual. Y después desarrollaremos su dimensión eclesial, que se desprende de aquélla, y que hace posible “para nosotros” la unión con Dios.⁵

Efectivamente, «la plegaria cristiana implica siempre una acción de la Trinidad, por ser participación en el diálogo intratrinitario del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, participación en el diálogo que el Padre por Cristo en el Espíritu Santo mantiene con sus hijos, y respuesta dialógica del pueblo sacerdotal al Padre, por Cristo en el Espíritu».⁶ Por este motivo «la oración no es en primer lugar un problema a resolver con nuestras solas fuerzas, sino un misterio que, como tal, parte de la iniciativa de Dios y a la cual el hombre debe abrirse con el don de la fe».⁷

Esta verdad se olvida con cierta frecuencia; entonces, la oración cristiana abandona su perspectiva bíblica y se introduce por caminos de psicologismo que la reducen a una pura técnica oracional.⁸ Para evitar este peligro, trataremos de desarrollar una reflexión sobre la Liturgia de las Horas sin perder de vista la «estrecha relación con el misterio de Cristo, por nosotros muerto y resucitado, por nosotros vivo y actuante en la oración eclesial, para que la comunidad cristiana alcance una profunda intimidad con el misterio pascual de Cristo».⁹

II. EL MISTERIO PASCUAL, GENUINA FUENTE DE VIDA ESPIRITUAL

«Cuando la oración del Oficio se convierte en verdadera oración personal, entonces se manifiestan mejor los lazos que unen entre sí la liturgia y toda la vida cristiana. La vida entera de los fieles, durante cada una de las horas del día y de la noche, constituye como una *leitourgía*, mediante la cual ellos se ofrecen en servicio de amor a Dios y a los hombres, adhiriéndose a la acción de Cristo, que con su vida entre nosotros y el ofrecimiento de sí mismo ha santificado la vida de todos los hombres. La Liturgia de las Horas expresa con claridad y confirma con eficacia esta profunda verdad inherente a la vida cristiana».¹⁰

La lectura pausada de las palabras precedentes nos hace caer en cuenta de que la Liturgia de las Horas es presentada como el medio privilegiado que favorece

⁵ «La teología del oficio hunde sus raíces en el misterio de comunión de las tres Divinas Personas; misterio que fue introducido en esta tierra con la Encarnación del Hijo, continúa en la Iglesia peregrina y no cesará en la Jerusalén celeste» (J.A. ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, Eunsa, Pamplona 1996, 647).

⁶ *Ibidem*.

⁷ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 457.

⁸ Cfr. J. RATZINGER, *Introducción en CDF*, Carta *Orationis formas*, 15.IV.1989, Lev, Città del Vaticano 1991, 9-10.

⁹ V. RAFFA, *La Liturgia delle Ore. Presentazione storica, teologica e pastorale*, Edizioni OR, Milano 1990³, 154.

¹⁰ PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 723.

que cada jornada sea un constante diálogo con Dios, una *leitourgía*, un sacrificio espiritual que se apoya en el único y definitivo sacrificio de Cristo. Pero, ¿qué ha hecho posible que el estar frente a Dios, propio de la insuficiencia del mundo antiguo, se transforme ahora, por la participación en la entrega de Jesús, en unión con Dios? Y más en concreto, ¿qué significa, para nosotros, qué supone que el Señor nos implique en la dinámica de su entrega? ¿qué papel juega en todo esto la liturgia, y especialmente la Liturgia de las Horas?

Las preguntas anteriores presentan una realidad que no siempre es tenida en cuenta. Tal vez en los años que siguieron al Concilio pastores y expertos tomaron «la liturgia más como un objeto por reformar que como un sujeto capaz de renovar la vida cristiana»;¹¹ pero ahora, pasados más de cincuenta años del evento conciliar, se nos presenta la oportunidad de hacerla presente con toda su fuerza: la reforma litúrgica “trata de conducir a los fieles a una celebración activa de los misterios, fuente primaria y necesaria del espíritu verdaderamente cristiano”. Es decir, la reforma litúrgica «no tenía como finalidad principal cambiar los ritos y los textos, sino más bien renovar la mentalidad y poner en el centro de la vida cristiana y de la pastoral la celebración del misterio pascual de Cristo».¹²

Así pues, en esta primera parte trataré de presentar cómo el hombre, que desea la unión con Dios, intuye y se prepara, tal vez sin saberlo, a participar en el Misterio de Cristo quien con su vida, especialmente con su Misterio pascual, hará posible la comunión con Dios. Partiendo de esta realidad trataremos de desarrollar cómo, una vez abiertas las puertas a la unión con Dios, podemos atravesar su umbral: es en la Iglesia donde, hechos uno con Cristo por la acción del Espíritu Santo, accedemos al diálogo con el Padre.

1. *Unión con Dios: anhelada por el hombre, preparada en el Pueblo de Israel*

El fin de la vida cristiana y, por tanto, de la vida espiritual, no se aparta de la finalidad esencial de todas las religiones naturales, que es –aunque sea de un modo muy general– la paz del universo, que se traduce en la paz con Dios, en la unión de lo que está en lo alto con lo que está aquí abajo. A su vez, los diferentes actos de culto están caracterizados por la conciencia de la caída de la criatura, de su separación y ruptura con la divinidad.¹³ De ahí que, como afirmaba el entonces card. Ratzinger, «la conciencia de culpa pesa sobre la humanidad. El culto es el intento, presente en toda la historia, de superar la culpa y, de este modo, reconducir la propia vida hacia el orden verdadero».¹⁴

¹¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en el 50 aniversario de la creación del Pontificio Instituto Litúrgico S. Anselmo*, 6.V.2011.

¹² *Ibidem*. También en BENEDICTO XVI, *Mensaje de clausura del I Congreso Eucarístico Internacional* (Dublín) 17.VI.2012.

¹³ Cfr. FRANCISCO, *Homilía en la celebración de las I Vísperas*, 31.XII.2014.

¹⁴ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia: una introducción*, Cristiandad, Madrid 2001, 56.

En este sentido parece evidente que la única ofrenda digna de Dios será la persona misma; todo lo demás es, a fin de cuentas, insuficiente, carente de sentido. Pero ¿cómo ofrecerme a mí mismo sin morir o superando la muerte? La falta de una respuesta definitiva se manifiesta en la insuficiencia del culto. Efectivamente aunque se ofrece a la divinidad lo mejor que se posee, llegando incluso a formas grotescas y crueles de culto como los sacrificios humanos, no se ofrece lo esencial, sino únicamente un sustitutivo.

Así pues, la esencia del sacrificio en estas religiones naturales, incluyendo la de Israel, se basa en la idea de sustitución. El sacrificio suponía la destrucción de una realidad preciosa a los ojos del hombre. Destruyéndola, él quiere consagrar esta realidad a Dios, reconoce su soberanía. Sin embargo, es evidente, que la destrucción no honra a Dios. Los sacrificios de animales o de las primicias del campo no son otra cosa que sucedáneos de la única ofrenda digna de Dios: la persona misma.¹⁵ Por este motivo, a lo largo de la Sagrada Escritura, los profetas¹⁶ y muchos Salmos¹⁷ critican fuertemente estos sacrificios cruentos del templo. De este modo, el culto del templo siempre estuvo acompañado por la conciencia de su propia insuficiencia, del carácter provisional de esos sacrificios y el anhelo de una novedad más grande.

La enseñanza de los profetas tratará de presentar el sentido de los sacrificios como un retorno voluntario del hombre, y especialmente de Israel e incluso del mundo entero a Dios.¹⁸ Los sacrificios deberán significar y actuar una entrega del propio ser, empezando por el corazón –fuente no tanto de sus pensamientos y afectos, sino principalmente de su voluntad– a Aquél en quien tiene su origen y su salvación. Esta consagración, afirmará Bouyer, deberá traducirse, al mismo tiempo, en una pura y transparente expresión ritual, en una sacralización de toda la existencia que será su fruto.¹⁹

El sacrificio desde esta perspectiva aparece inseparablemente unido a la oración de la fe, de forma que llegará a ser llamado “el sacrificio de los labios” (Os 14, 2). Y esto no es una superación del sacrificio, sino una interiorización del mismo,²⁰ que le confiere una gravedad y una dignidad más altas y, a la vez, supondrá una transformación en los sacrificios: ya no es la materialidad de ofrenda

¹⁵ Cfr. sobre el tema del “sacrificio espiritual”, BENEDICTO XVI, *Lectio divina con los seminaristas de la diócesis de Roma*, 15.II.2012; *Audiencia titulada “San Pablo. El culto espiritual”*, 7.I.2009; *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, 48–55; 157–160; 267–279; Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 22.II.2007, nn. 70–74; J. RATZINGER, *Teología de la liturgia*, en BENEDICTO XVI – J. RATZINGER, *Opera omnia*, XI, *Teología de la liturgia*, Bac, Madrid 2012, 483–496; *El espíritu de la liturgia*, 56–71; 195–201; *La Eucaristía centro de la vida*, Edicep, Valencia 2005, 35–37; 41–42; 45–60.

¹⁶ 1 Sm 15,22; Os 6,6.

¹⁷ Sal 49, 12–14; Sal 50,18–19.

¹⁸ Cfr. L. BOUYER, *Il Consolatore*, Paoline, Alba 1983, 416.

¹⁹ Cfr. L. BOUYER, *Gnosis, conoscenza di Dio nella Scrittura*, Lev, Città del Vaticano 1991, 35.

²⁰ Cfr. L. BOUYER, *Eucaristía. Teología y espiritualidad de la oración eucarística*, Herder, Barcelona 1969, 59.

alguna lo que puede satisfacer al Señor, sino la ofrenda de sí mismo.²¹ Sólo el don total de nuestra voluntad a la voluntad de Dios, reconocida en su palabra, da sentido a nuestros sacrificios. Vemos así cómo se estrecha la relación entre la oración y el sacrificio.²²

En el libro de Daniel, refiriéndose al tiempo de la destrucción del templo (siglo II a.C.) encontramos un pasaje que va en esta misma línea. En medio del fuego –es decir, en la persecución, en el sufrimiento– Azarías reza así: «En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un lugar para ofrecerte primicias y alcanzar misericordia. Pero sea aceptado nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humillado como holocausto de carneros y toros [...] Que así sea nuestro sacrificio delante de Ti».²³ En aquella época de crisis, sin templo y sin ninguna forma pública y comunitaria de adoración a Dios, toma cuerpo la idea de que el sufrimiento de Israel por y para Dios, el grito de su corazón abatido, su apremiante oración, eran ante Él como sacrificios de animales y perfumes de incienso. La oración equivale al sacrificio exterior.

Contemporáneamente, también en el mundo griego se sentía cada vez más insistentemente la insuficiencia de los sacrificios de animales, que Dios no necesita, y en los que el hombre no da a Dios lo que Él espera. De este modo, se suma, a la evolución de la idea de sacrificio del mundo del Antiguo Testamento, toda la filosofía de la palabra desarrollada en el mundo griego y que evolucionará hacia la idea de la unión mística con el Logos considerado como el sentido mismo de las cosas.²⁴

Así se introduce progresivamente la idea del “sacrificio modelado por la palabra”:²⁵ la oración, la apertura del espíritu humano hacia Dios, es el verdadero culto. «La palabra es el sacrificio, la oración que sale del hombre y lleva dentro de sí toda la existencia del hombre, convirtiéndolo a él mismo en palabra (logos). El hombre que adopta la forma de logos y se convierte en logos mediante la oración: eso es el sacrificio, la verdadera gloria de Dios en el mundo».²⁶ En definitiva, el sacrificio a la medida de Dios es el hombre a la medida de Dios. Cuanto más se convierta el hombre en palabra, o mejor, cuando procura que toda su vida sea

²¹ «Sacrificio es la alabanza de Dios; si vosotros venís a mí, es alabanza de Dios. Así el camino del Antiguo Testamento va hacia un punto en el que estas cosas exteriores, símbolos, sustituciones, desaparecen y el hombre mismo se transforma en alabanza de Dios» (BENEDICTO XVI, *Lectio divina con los seminaristas de la diócesis de Roma*).

²² Cfr. L. BOUYER, *Il Figlio eterno*, Paoline, Alba 1977, 147.

²³ Dn 3, 38ss.

²⁴ «Lo mismo sucede en el mundo de la filosofía griega. También aquí se comprende cada vez más que no se puede glorificar a Dios con estas cosas -con animales y ofrendas-, sino que sólo el “logos” del hombre, su razón convertida en gloria de Dios, es realmente adoración, y la idea es que el hombre debería salir de sí mismo y unirse al “Logos”, a la gran Razón del mundo y así ser verdaderamente adoración» (BENEDICTO XVI, *Lectio divina con los seminaristas de la diócesis de Roma*).

²⁵ Cfr. F.M. AROCENA, *Liturgia y vida. Lo cotidiano como lugar del culto espiritual*, Palabra, Madrid 2011, 31–44; G. BOSELLI, *Il senso spirituale della liturgia*, Qiqajon, Magnano 2011, 162–164.

²⁶ RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 66.

respuesta obediente a las exigencias de Dios, entonces se pone en práctica el culto debido.²⁷

De todos modos, junto a esta evolución positiva de la idea de sacrificio, quedaba también una cierta impresión de insuficiencia. Por una parte, la mera palabra no basta y, de hecho, la mística helenística minimiza la dimensión corporal.²⁸ Por otra, nuestra obediencia es siempre deficiente y nuestra voluntad personal se antepone una y otra vez.²⁹ Los miembros del pueblo elegido, y también nosotros, somos cada día más conscientes de esta realidad. Por eso crece en nosotros el deseo de conversión, de expiación... Deseos que, por nuestra misma condición y nuestros escasos resultados, tampoco puede llevarse a cabo de modo definitivo.

En resumen, deseamos dar a Dios, lo que no podemos darle, y a la vez queríamos que el don fuese nuestro. ¿Cómo hacerlo? La sangre de los animales no podía ni “expiar” el pecado ni unir a los hombres con Dios. Sólo podía ser un signo de la esperanza y de la perspectiva de una obediencia más grande y verdaderamente salvadora. Los animales sacrificados habrían debido sustituir al hombre, su don de sí, y no podían. A su vez, el buen comportamiento no basta por sí solo para venerar a Dios de manera correcta. El cristianismo no se reduce a un moralismo; sino que reenvía a un proceso en el que Dios toma la iniciativa. Y su

²⁷ «Se venera a Dios de manera justa cuando nosotros vivimos en la obediencia a su Palabra y, moldeados así interiormente por su voluntad, nos ajustamos a Dios» (BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazareth* II, Encuentro, Madrid 2011, 272).

²⁸ «Pero aquí [se refiere a la filosofía griega] falta algo: el hombre, según esta filosofía, debería dejar -por decirlo así- el cuerpo, espiritualizarse; sólo el espíritu sería adoración. El cristianismo, en cambio, no es simplemente espiritualización o moralización: es encarnación; o sea, Cristo es el “Logos”, es la Palabra encarnada, y él nos recoge a todos, de forma que en él y con él, en su Cuerpo, como miembros de este Cuerpo nos convertimos realmente en glorificación de Dios. Tengamos presente esto: por una parte ciertamente salir de estas cosas materiales por un concepto más espiritual de adoración de Dios, pero llegar a la encarnación del espíritu, llegar al punto en que nuestro cuerpo sea reasumido en el Cuerpo de Cristo y nuestra alabanza de Dios no sea pura palabra, pura actividad, sino que sea realidad de toda nuestra vida. Creo que debemos reflexionar sobre esto y pedir a Dios que nos ayude para que el espíritu se convierta en carne también en nosotros, y la carne se llene del Espíritu de Dios» (BENEDICTO XVI, *Lectio divina con los seminaristas de la diócesis de Roma*).

²⁹ «En la destrucción del santuario y del culto, en esta situación de privación de todo signo de la presencia de Dios, el creyente ofrece como verdadero holocausto su corazón contrito, su deseo de Dios. Vemos un desarrollo importante, hermoso, pero con un peligro. Hay una espiritualización, una moralización del culto: el culto se convierte sólo en algo del corazón, del espíritu. Pero falta el cuerpo, falta la comunidad. Así se entiende, por ejemplo, que el Salmo 50 y también el libro de Daniel, a pesar de criticar el culto, deseen la vuelta al tiempo de los sacrificios. Pero se trata de un tiempo renovado, de un sacrificio renovado, en una síntesis que aún no se podía prever, que aún no se podía imaginar. Volvamos a san Pablo. Él es heredero de estos desarrollos, del deseo del culto verdadero, en el que el hombre mismo se convierta en gloria de Dios, en adoración viva con todo su ser. En este sentido dice a los Romanos: “Ofreced vuestros cuerpos como una víctima viva. [...] Este será vuestro culto espiritual” (Rm 12, 1). San Pablo repite así lo que ya había señalado en el capítulo 3: El tiempo de los sacrificios de animales, sacrificios de sustitución, ha terminado. Ha llegado el tiempo del culto verdadero. Pero también aquí se da el peligro de un malentendido: este nuevo culto se podría interpretar fácilmente en un sentido moralista: ofreciendo nuestra vida hacemos nosotros el culto verdadero. De esta forma el culto con los animales sería sustituido por el moralismo: el hombre lo haría todo por sí mismo con su esfuerzo moral. Y ciertamente esta no era la intención de san Pablo» (BENEDICTO XVI, Audiencia 7.1.2009).

iniciativa tiene un nombre: Jesucristo.³⁰ Él, en su entrega al Padre y a nosotros, no es una sustitución, como lo eran los antiguos sacrificios, sino que lleva realmente en sí el ser humano, nuestras culpas y nuestro deseos; nos representa realmente, nos asume en sí mismo.

2. *La unión con Dios se hace posible*

La conclusión del epígrafe anterior anticipa lo que va a ser este apartado. Si nos preguntamos: ¿cómo el hombre, que es finito y pecador puede unirse con Dios que es Infinito y Santo? La única respuesta posible es: «puede, por el hecho de que Dios mismo se ha hecho hombre, ha asumido un cuerpo y, con su cuerpo, sale al encuentro de los que vivimos en el cuerpo».³¹

La Encarnación del Logos hace posible una nueva forma de obediencia, una obediencia que va más allá de todo el cumplimiento humano de los Mandamientos. El Hijo se hace hombre, y en su cuerpo le devuelve a Dios toda la humanidad. Cristo, «*factus oboediens usque ad mortem, mortem autem crucis*» (Flp 2,8), asume toda la desobediencia humana, la sufre hasta el fondo y la vence. Solo el Verbo que se ha hecho carne, cuyo amor se cumple en la cruz, es la obediencia perfecta. En Él no sólo se ha culminado definitivamente la crítica a los sacrificios del templo, sino que se ha cumplido también el anhelo que comportaban:³² su obediencia “corpórea” es el nuevo sacrificio que nos incluye a todos y en el que, al mismo tiempo, toda nuestra desobediencia es anulada mediante su amor.³³ En

³⁰ «Il vero culto gradito al Padre non è nient'altro che la vita, morte e risurrezione salvifica di Cristo. E il nostro culto è questa stessa esistenza sacrificale in noi [...] Nella cristianità, ciò che tutti gli altri rituali cercavano di raggiungere è stato, noi crediamo, già portato a compimento una volta per tutte da Cristo. La riconciliazione con il Padre è stata eternamente compiuta nel mistero del suo Figlio (2Cor 5, 18-19; Rom 5, 10-11). La frattura è stata sanata per sempre per iniziativa di Dio» (R. TAFT, *La liturgia delle ore in oriente e occidente*, Lipa, Roma 2001, 396-402).

³¹ RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 197.

³² «En el futuro no se adorará en esa colina o en aquella otra, con estos u otros ritos; se adorará en espíritu y en verdad (Cfr. Jn 4, 21-23). Ciertamente, es espiritualización, salir de estos ritos carnales, pero este espíritu, esta verdad no es cualquier espíritu abstracto: el espíritu es el Espíritu Santo, y la verdad es Cristo. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios. Llegar a ser verdad en Cristo exige nuestra implicación total» (BENEDICTO XVI, *Lectio divina con los seminaristas de la diócesis de Roma*, 15.II.2012).

³³ «Attraverso la nostra celebrazione dei divini misteri siamo assunti nell'azione salvifica di Cristo, e l'oblazione personale di noi stessi è trasformata in atto del corpo di Cristo attraverso il culto del corpo con il suo capo. Ciò che uomini e donne hanno inutilmente tentato lungo la storia nei rituali naturali –il contatto con il divino– si è trasformato, in Cristo, da immagine in realtà» (TAFT, *La liturgia delle ore in oriente e occidente*, 404). En esta misma línea leemos: “partiendo de las palabras de acción de gracias de Jesús, que dan a la *berakah* judía un nuevo centro, la oración de acción de gracias, la *eucharistia*, se manifiesta cada vez más como el modelo de referencia, como la forma litúrgica en la que las palabras de la institución poseen su propio sentido y se presenta el culto nuevo en sustitución de los sacrificios del templo: la glorificación de Dios en la palabra, pero en una palabra que se ha hecho carne en Jesús y que ahora, a partir de este cuerpo de Jesús que ha atravesado la muerte, abarca al hombre por entero, a toda la humanidad, y se convierte en el comienzo de una nueva creación» (BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazareth* II, 168).

realidad, el único sacrificio verdadero es el amor del Hijo. Con el don de este amor, un amor eterno, el mundo entra en la nueva alianza.

Llegados aquí podemos retomar nuestro punto de partida: la dimensión cristológica-trinitaria de la oración cristiana. La oración cristiana está estrechamente ligada con la historia de la salvación. Es decir, ninguno de nosotros puede, con sus propias fuerzas, “vibrar” al ritmo trinitario. Se requiere, en cada uno de nosotros, la humildad de dejarse ayudar por aquél que es el único que puede hacerlo: Jesucristo en cuanto que es Hijo y Mediador. Al mismo tiempo la oración cristiana, colocándose en la línea de la historia de la salvación, se ha de colocar en la comunidad histórica de la Iglesia y de sus sacramentos.³⁴

Con estas premisas podemos afrontar la pregunta: «¿quién salva al mundo y al hombre? La única respuesta que podemos dar es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y ¿dónde se actualiza el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? En la acción de Cristo mediante la Iglesia, en particular en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial redentora del Hijo de Dios; en el sacramento de la Reconciliación, en el que de la muerte del pecado se vuelve a la vida nueva; y en cualquier otro acto sacramental de santificación».³⁵ Se comprende que el cardenal Ratzinger a los cuarenta años de la promulgación de la constitución *Sacrosanctum Concilium* afirmase que «el Misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo constituye la categoría central de la teología litúrgica del Concilio».³⁶

En esta misma línea, y afrontando directamente el tema que nos ocupa podemos leer el texto del *Catecismo de la Iglesia Católica* con el que se inicia el apartado sobre la Liturgia de las Horas afirmando: «El Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, especialmente en la asamblea dominical, penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas».³⁷ Así pues, el Oficio divino «toma el significado de aquello que da significado a todas las cosas: el Misterio pascual de la salvación en Cristo Jesús. Este es el fundamento de toda la teología del culto cristiano que asume el Nuevo Testamento como punto de partida».³⁸

³⁴ Cfr. RATZINGER, *Introducción en CDF, Carta Orationis formas*, 12.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 5.v.2010.

³⁶ BENEDICTO XVI – RATZINGER, *Opera omnia*, XI, *Teología de la liturgia*, 514. En esa misma conferencia afirmaba también: «A mí entender, la mayor parte de los problemas ligados a la aplicación concreta de la reforma litúrgica tienen que ver con el hecho de que no se ha tenido suficientemente presente que el punto de partida del Concilio es la Pascua. Y la Pascua significa la inseparabilidad de la Cruz y la Resurrección, tal y como la presenta sobre todo el Evangelio de san Juan. La Cruz está en el centro de la liturgia cristiana» (*ibidem*, 515).

³⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1174.

³⁸ TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 395. La misma idea por ejemplo en F. BROVELLI, *Imparare a pregare. L'apporto della Liturgia Horarum*, «La scuola cattolica» 119 (1991) 348.

3. Misterio pascual, liturgia y vida espiritual

No es cometido de esta sesión desarrollar la relación entre el Misterio Pascual y su actualización en la oración litúrgica de la Iglesia.³⁹ Sin embargo es necesario recordar que la Liturgia de las Horas es fuente de vida espiritual, fuente de unión con Dios, precisamente porque, en cierto modo, también por medio de ella se realiza el Misterio pascual.⁴⁰ De hecho, «la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios –que Cristo realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión (como nos recuerda la constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 5)– es realizada por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia no sólo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos, sino también con preferencia a los modos restantes, cuando se celebra la Liturgia de las Horas».⁴¹

La lectura atenta del párrafo anterior nos hace caer en la cuenta de que el Concilio Vaticano II define la liturgia como «obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia» (SC, n. 7) Al mismo tiempo la obra de Jesucristo se designa, en el mismo texto conciliar, como obra de redención humana y perfecta glorificación de Dios que Cristo realizó «principalmente por el Misterio pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión» (SC, n. 5).

³⁹ «Anche la Liturgia delle Ore è memoriale del mistero pasquale di Cristo. Ciò si può intendere in due sensi. Innanzitutto, in quanto la Liturgia delle Ore è la continuazione nella Chiesa della preghiera di Cristo. Nella Liturgia delle Ore viene ripresentato in modo particolare il mistero di Cristo orante. Il mistero di Cristo viene così considerato da un punto di vista particolare, in quanto cioè è mistero di preghiera, il mistero della preghiera di Cristo, Dio-Uomo. Tale ininterrotta preghiera di Cristo, resa presente nella Liturgia delle Ore, è, continua ad essere (assieme al sacrificio di Cristo), azione salvifica, avvenimento culminante della storia della salvezza. In secondo luogo, la Liturgia delle Ore è memoriale del mistero pasquale di Cristo in quanto essa, per mezzo dei suoi vari elementi, ripresenta e ripropone realmente ed efficacemente nel tempo il mistero di Cristo, considerato sia nella sua globalità, sia nelle sue diverse fasi comprese le sue realizzazioni nella Beata Vergine Maria e nei Santi» (CUVA, *La Liturgia delle Ore. Note teologiche e spirituali*, Edizioni Liturgiche, Roma 1975, 26).

⁴⁰ Cfr. sobre esto RAFFA: «La LH è in grado di rivelare tutta la sua pienezza espressiva come preghiera cristiana soprattutto quando è posta in stretta relazione con il mistero di Cristo, per noi morto e risorto, per noi vivo ed operante nella preghiera ecclesiale perché la comunità cristiana raggiunga una profonda intimità con il mistero pasquale. È una prospettiva che rischia di essere dimenticata, quando si fa della preghiera cristiana e, quindi anche della LH, un fatto solamente umano quasi che fosse possibile parlare della preghiera come di uno sforzo che l'uomo fa per elevarsi a Dio. Una simile prospettiva, oltre che essere poco biblica, rischia pure di invischiare il cristiano nelle sabbie mobili di una visione fortemente impregnata di psicologismo e di tecnicismo orazionale (...) Ogni celebrazione liturgica si caratterizza come memoriale del mistero pasquale di Cristo, perché è di tale Mistero che trae tutta la sua pregnanza teologica e tutta la sua efficacia salvifica. Perciò la preghiera liturgica della Chiesa ha un preciso valore salvifico solo perché rappresenta una singolare attualizzazione della Pasqua di Cristo» (RAFFA, *La Liturgia delle Ore*, 154-161).

⁴¹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 2.II.1971, n. 13 (a partir de ahora OGLH). «Con la Liturgia delle Ore la Chiesa attua in sé e in noi il suo iter di redenzione assegnatole da Cristo. La preghiera, in effetti, è uno dei grandi momenti della sua vita e della storia della salvezza (OGLH, nn. 13-18, 24, 28). Dunque l'uomo in tal maniera si pone nella linea dinamica della redenzione, diventa egli stesso beneficiario, attore, soggetto attivo e passivo di essa» (RAFFA, *La Liturgia delle Ore*, 90).

En realidad los dos significados están inseparablemente ligados por la realidad de la oración, del coloquio de amor, de identificación de la voluntad con el Amado, que caracteriza la vida de Jesús con el Padre y que caracteriza igualmente la liturgia que hace presente esta vida en el tiempo de la Iglesia.⁴² De hecho, «la Liturgia de las Horas es la misma oración sacerdotal que Cristo introdujo con su Encarnación, prolongó durante toda su vida, especialmente en su Misterio pascual, y continúa ahora en y por la Iglesia, de modo que cuando ésta celebra el oficio de alabanza, Cristo mismo está realmente elevando su plegaria al Padre en la presencia del Espíritu Santo».⁴³ Es el momento de contemplar la Persona y misión de Jesús, en continuo diálogo de amor con el Padre: oración de Cristo de la que todos estamos llamados a participar por vocación divina.

III. LA ORACIÓN DE CRISTO

Según el testimonio de la Sagrada Escritura, el centro de la vida y de la persona de Jesús es su permanente comunicación con el Padre. «En la oración, Jesús vive un contacto ininterrumpido con el Padre para realizar hasta las últimas consecuencias el proyecto de amor por los hombres».⁴⁴ Es el amor al Padre y a los hombres lo que caracteriza sus sentimientos y es la oración la que los canaliza, los une y, por así decir, los armoniza. «Este es el sentimiento de Jesucristo: sentirse impulsado a llevar a los hombres a la luz del Padre, a ayudarlos para que con ellos y en ellos se forme el reino de Dios. Y el sentimiento de Jesucristo consiste a la vez en que permanece profundamente arraigado en la comunión con el Padre, inmerso en ella. Lo vemos, por decirlo así, desde fuera en el hecho que los evangelistas nos refieren: con frecuencia se retira al monte, él solo, a orar. Su actividad nace de su inmersión en el Padre. Precisamente por esta inmersión en el Padre se siente impulsado a salir a recorrer todas las aldeas y las ciudades para anunciar el reino de Dios, es decir, su presencia, su estar en medio de nosotros».⁴⁵

La Iglesia naciente concentró las diversas interpretaciones complementarias que aportaban la multiplicidad de títulos aplicados a Jesús: profeta, sacerdote, paráclito, ángel, cristo, señor, hijo de Dios... en estos tres últimos: Cristo-Señor-Hijo (de Dios). De estos, el que implica una descripción única y abarcadora será el título “Hijo”. Por eso la palabra fundamental del “Hijo” es *Abba*.⁴⁶ «No en vano, dirá J. Ratzinger, es esta la señal de identidad más clara de la figura de Jesús en el Nuevo Testamento. Aquí se expresa de modo sintético toda su esencia, y todo lo que dice a Dios cuando reza es en definitiva una explicación de esa esencia y por tanto explicación de lo que esa palabra encierra».⁴⁷

⁴² Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a los miembros del Camino Neocatecumenal*, 20.1.2012.

⁴³ ABAD, *La celebración del Misterio Cristiano*, 649.

⁴⁴ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 30.XI.2011.

⁴⁵ BENEDICTO XVI, *Encuentro con sacerdotes*, Frisinga 14.IX.2006.

⁴⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía Santa Misa in Cena Domini*, 5.IV.2012.

⁴⁷ J. RATZINGER, *La fiesta de la fe*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999², 34.

De ahí que, todos los evangelios testimonien unánimemente que las palabras y las acciones de Jesús surgían de su intimísimo ser con el Padre.⁴⁸ Como leemos en OGLH: «Su actividad diaria estaba tan unida con la oración que incluso aparece fluyendo de la misma».⁴⁹ Él, después de su labor diaria, se dirigirá al monte para rezar a solas a su Padre.⁵⁰ En todo lo que Jesús dice y hace brilla la relación filial, siempre presente y siempre activa; se puede reconocer cómo todo su ser está entrañado y protegido en su relación filial.⁵¹ Su dignidad más alta no es un poder que posea por sí mismo, sino que se funda en su ser referido al Otro: a Dios Padre.

En este contexto conviene recordar el auténtico contenido del amor. Éste supone hacerse uno semejante al otro, que conduce a un pensar y desear común: identificarse con la persona amada.⁵² Se puede afirmar que este amor se realiza admirablemente en Jesús: «*Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado*» (Jn 6, 38); y de modo admirable se realiza en su oración en el Monte de los Olivos: En esta oración nos es dado mirar en la vida interior de la Palabra hecha carne. Ella se nos muestra en las palabras que permanecen medida y modelo de toda oración real: “*pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que Tú quieras*” (Mc 14,36). La voluntad humana de Jesús se ordena y dispone en la voluntad del Hijo.⁵³

Como recordaba Benedicto XVI, «en Jesús Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación».⁵⁴ De hecho, el servicio del sacerdote exige la participación en la kénosis de Cristo, el abrirse y el parecerse a Cristo. Un perderse dentro de Cristo que asume el camino de su misterio pascual y, de esta forma, conduce al verdadero encuentro consigo mismo y a la comunión con Él.⁵⁵

La práctica de la oración es un camino privilegiado en este proceso de identificación con Cristo. De hecho, la estructura de la oración y de la fe cristiana,

⁴⁸ Cfr. J. RATZINGER, *Miremos al traspasado*, Rafaela: Fundación San Juan, Rafaela 2007, 17–24.

⁴⁹ OGLH, n. 4. En este punto se recogen en nota un gran número de testimonios de los Evangelios.

⁵⁰ Cfr. Mc 1,35; 6,46; 14,35–39.

⁵¹ «Si nos preguntamos cuál es el elemento más característico de la imagen de Jesús en los evangelios, debemos decir: su relación con Dios. Él está siempre en comunión con Dios. El ser con el Padre es el núcleo de su personalidad. A través de Cristo, conocemos verdaderamente a Dios. «A Dios nadie lo ha visto jamás», dice san Juan. Aquel «que está en el seno del Padre; lo ha dado a conocer» (1,18). Ahora conocemos a Dios tal como es verdaderamente. Él es Padre, bondad absoluta a la que podemos encomendarnos. El evangelista Marcos, que ha conservado los recuerdos de Pedro, nos dice que Jesús, al apelativo «Abbá», añadió aún: Todo es posible para ti, tú lo puedes todo (cfr. 14,36). Él, que es la bondad, es al mismo tiempo poder, es omnipotente. El poder es bondad y la bondad es poder. Esta confianza la podemos aprender de la oración de Jesús en el Monte de los Olivos» (BENEDICTO XVI, *Homilía Santa Misa in Cena Domini*, 5.IV.2012).

⁵² Cfr. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25.XII.2005, n. 16–18.

⁵³ Cfr. RATZINGER, *Miremos al traspasado*, 48–49. La misma idea, por ejemplo, en A. LAMERI, *La liturgia delle Ore*, Messaggero, Padova 2009, 9–10.

⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Carta a los sacerdotes*, 16.VI.2009.

⁵⁵ Cfr. J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad, Madrid 2004, 166.

que es profundamente personalística (mi *yo* encuentra el *Tú* de Dios) comporta siempre un éxodo, un salir de uno mismo sin el cual el amor no puede desarrollarse. El encuentro entre Dios y el hombre no supone simplemente estar el uno frente al otro al mismo nivel. Dios es Trinidad, «Dios mismo es un círculo de amor, en el que identidad y alteridad se funden plenamente. Encontrar a Dios significa: ser atraídos dentro del círculo trinitario (...) nosotros llegamos a ser trinitarios porque junto con el Hijo llegamos a ser un nuevo Yo: yo vivo, pero ya no soy el que vivo, sino que Cristo vive en mí (cf. Gal 2,20)».⁵⁶

Junto a este estar con el Padre, Jesucristo «tenía tales sentimientos ante el destino del hombre que, por decirlo así, no soportó ya su existencia en la gloria, sino que se vio impulsado a descender y asumir algo increíble: toda la miseria humana de la vida humana hasta la hora del sufrimiento en la cruz».⁵⁷ Así pues, estos dos aspectos forman parte de los sentimientos de Jesucristo: por una parte conocer a Dios desde dentro, estar con él; por otra, ir a los hombres. Y esto se manifiesta, canaliza y armoniza en la oración pues el criterio de validez de la oración cristiana está en que conduce al amor, al inescindible amor de Dios y del prójimo.⁵⁸

La unión de ambos sentimientos la vemos de modo gráfico al inicio del Evangelio de san Marcos. El Señor es buscado por todos por su poder milagroso, pero él se retira a un lugar solitario y allí reza (cf. Mc 1, 35s). Los discípulos le encuentran y le insisten para que se presente a la gente que le busca. Ante su insistencia responde: «*Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, que voy a predicar también allí; para eso he salido*» (1, 38). Esta es la finalidad específica de su venida y tiene que regir también como la prioridad determinante a sus seguidores. Pero el anuncio va unido con el recogimiento en la soledad de la oración personal, de su permanecer en el Padre, que precisamente parece ser la condición de posibilidad del anuncio mismo.⁵⁹

Así pues, es la oración de Jesús la que unifica la Persona de Jesús con su acción y su pasión. Toda la Persona de Jesús, tal y como nos la muestran los evangelios, está comprendida en su oración. «Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre,

⁵⁶ RATZINGER, *Introducción en CDF, Carta Oratonis formas*, 11. «En la realidad cristiana se cumplen, por encima de cualquier medida, todas las aspiraciones presentes en la oración de las otras religiones, sin que, como consecuencia, el yo personal y su condición de criatura se anulen y desaparezcan en el mar del Absoluto. “Dios es Amor” (1Jn 4, 8): esta afirmación profundamente cristiana puede conciliar la unión perfecta con la alteridad entre amante y amado, el eterno intercambio con el eterno diálogo. Dios mismo es este eterno intercambio, y nosotros podemos verdaderamente convertirnos en partícipes de Cristo, como “hijos adoptivos”, y gritar con el Hijo en el Espíritu Santo: “Abba, Padre”. En este sentido, los Padres tienen toda la razón al hablar de divinización del hombre que, incorporado a Cristo Hijo de Dios por naturaleza, se hace, por su gracia, partícipe de la naturaleza divina, “hijo en el Hijo”. El cristiano, al recibir al Espíritu Santo, glorifica al Padre y participa realmente en la vida trinitaria de Dios» (CDF, *Carta Oratonis formas*, n. 15).

⁵⁷ BENEDICTO XVI, *Encuentro con sacerdotes*, Frisinga 14.IX.2006.

⁵⁸ «Toda oración contemplativa cristiana remite constantemente al amor del prójimo, a la acción y a la pasión, y, precisamente de esa manera, acerca más a Dios» (CDF, *Carta Oratonis formas*, n. 13).

⁵⁹ Cfr. J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, 16.

es el hombre hecho oración».⁶⁰ De ahí que «todos los evangelistas concuerdan en que las últimas palabras de Jesús eran la expresión de su donación al Padre y en que su grito no se dirigía hacia cualquier lugar y hacia cualquiera, sino hacia Aquel con el que permanecer en diálogo constituía su esencia más íntima. Todos coinciden en que su muerte misma fue un acto de oración, una entrega, un abandono al Padre».⁶¹ Como afirmaba san Juan Pablo II: «El grito de Jesús no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos».⁶²

1. Oración de Cristo y Misterio pascual

En este contexto de filiación, entrega a los demás y oración, hemos de situar el evento de la Última Cena y la institución de la Eucaristía que «es la gran oración de Jesús y de la Iglesia».⁶³ Las palabras que Jesús pronuncia son una anticipación de su muerte, transformación de lo que no tiene sentido, en el sentido que se nos presenta a nosotros. Palabras que son verdaderas y no simples metáforas o frases retóricas, porque no son simples palabras: la muerte real del Señor las sostiene. De hecho, «el aspecto fundamental del culto de Cristo al Padre, y que funda la auténtica espiritualidad de la oración, es la actitud sacrificial con la cual Jesús glorifica al Padre. La glorificación del Padre por parte de Cristo no se da tanto con las palabras sino con la vida».⁶⁴

A su vez, esta muerte sería algo vacío si no fuese verdad que el amor es más fuerte que la muerte. La muerte se nos presenta sin contenido y las palabras son nada si no llega la resurrección que demuestre que las palabras han sido pronunciadas a partir de la autoridad de Dios. Por este motivo las tres cosas están juntas: palabras, muerte, resurrección. Esta tríada es lo que denominamos misterio pascual, origen y fuente de la que proviene la Eucaristía. «El *Triduum paschale* está como incluido, anticipado y concentrado para siempre en el don eucarístico».⁶⁵

Podemos intuir que Jesucristo, transformando su sacrificio, su muerte en palabra –en oración– hace posible que su muerte pueda ser re–presentada, pueda hacerse presente porque Él vive en la oración y la oración atraviesa los siglos. Al mismo tiempo esta muerte es comunicable, nosotros podemos entrar en esta oración transformante, podemos tomar parte.⁶⁶ «Es este el nuevo sacrificio que Él nos ha dado, en el que nos acoge a todos. Porque ha hecho de la muerte, la palabra de acción de gracias y de amor, puede ahora estar presente a lo largo de

⁶⁰ LEIKAM, *Te alabaré por siempre. Introducción a la Liturgia de las Horas*, 458.

⁶¹ RATZINGER, *Miremos al traspasado*, 26.

⁶² JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio inneunte*, 6.I.2001, n. 26.

⁶³ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 11.I.2012.

⁶⁴ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 459.

⁶⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 17.IV.2003, n. 5.

⁶⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa que clausura el XXV Congreso Eucarístico Nacional Italiano*, Ancona 11.IX.2011.

todos los siglos como fuente de la vida, mientras nosotros podemos entrar en él, entrando en esta oración». ⁶⁷

En este sentido nos parece esencial destacar el carácter de oración de la Santa Misa, también desde el punto de vista de la morfología de la celebración eucarística: ⁶⁸ «La celebración eucarística es el acto de oración más grande y más elevado, y constituye el centro y la fuente de la que reciben su savia también las otras formas». ⁶⁹ En este sentido se puede afirmar que la Liturgia de las Horas será fuente de vida espiritual si verdaderamente es oración. ⁷⁰

En resumen, los sentimientos de Jesucristo suponen: *estar* con Dios Padre y ser Hijo, *ir* a los hombres porque quiere que sean hijos en el Hijo, y todo ello aunado, enmarcado por la oración. Esta ha sido elevada al rango de categoría cristológica fundamental para describir el misterio mismo de su filiación. ⁷¹ La oración es el acto central de la Persona de Jesús en cuanto hombre y por lo tanto un real conocimiento del Dios-Hombre es solo posible entrando en ese acto de oración. De ahí que sintonizar y participar en los sentimientos de Jesús sólo sea posible participando de su misma oración que se actualiza en la Eucaristía celebrada y adorada y proyectada en el tiempo por la Liturgia de las Horas.

2. Nuestra participación en la oración de Cristo: la Eucaristía

El Señor no quiere que seamos simples espectadores de este misterio de amor. ⁷² Esta es la grandeza de la obra de Cristo: Él no permanece en un plano distinto y aislado: enfrente de nosotros, reduciéndonos a una mera pasividad. Él se identifica de tal modo con nosotros, que se apropia de nuestros pecados, mientras nosotros nos apropiamos de su ser. Dios se hace hombre, asume un cuerpo y sale al encuentro de los que vivimos en el cuerpo. ⁷³ Esto es lo que ocurre en la hora de la última Cena y que se renueva cada vez que celebramos la Eucaristía ⁷⁴ y se prolonga en la Liturgia de las Horas: «Dios, el Dios vivo establece con nosotros una comunión de paz, más aún, Él crea una *consanguinidad* entre Él y nosotros. Por la encarnación de Jesús, por su sangre derramada, hemos sido injertados en una consanguinidad muy real con Jesús y, por tanto, con Dios mismo. La sangre de Jesús es su amor, en el que la vida divina y la humana se han hecho una cosa sola». ⁷⁵

⁶⁷ RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida*, 46.

⁶⁸ Cfr. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II*, 165-172; RATZINGER, *La fiesta de la fe*, 43-66.

⁶⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía ordenaciones sacerdotales*, 3.v.2009.

⁷⁰ Cfr. PINELL, *La Liturgia de las Horas, alabanza del misterio*, «Vida religiosa» 261 (1974) 37.

⁷¹ Cfr. Lc 6, 12-17; Lc 9, 18-20; Lc 9, 29.

⁷² Cfr. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25.XII.2005, n. 14.

⁷³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Meditación tras la lectio brevis de la Hora Tercia en la apertura de la primera Congregación General del Sínodo*, 3.X.2005.

⁷⁴ Cfr. TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 428.

⁷⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía Misa in Cena Domini*, 9.IV.2009.

Esta consanguinidad, este ser «*uno en Cristo Jesús*» (Ga 3, 28), supone morir a nosotros mismos para vivir con Cristo, por Cristo y en Cristo. Esto es lo que sucede en el Bautismo, que es por tanto algo más que un baño, algo más que una simple presentación en sociedad.⁷⁶ «Es muerte y resurrección. Llegar a ser cristianos es algo más que una operación cosmética, que añadiría algo de belleza a una existencia ya más o menos completa. Es un nuevo inicio, es volver a nacer: muerte y resurrección».⁷⁷

Y sólo en la comunión con Él, realizada en la fe y en los sacramentos, nos convertimos, a pesar de todas nuestras deficiencias, en sacrificio vivo y podemos ofrecer el culto verdadero.⁷⁸ «Por eso forma parte de la existencia cristiana tanto el sacramento del Bautismo, la acogida en la obediencia de Cristo, como la Eucaristía, en la que la obediencia del Señor en la cruz nos abraza a todos, nos purifica y nos atrae dentro de la adoración perfecta realizada por Jesucristo».⁷⁹ Y en este sentido, «toda oración de los discípulos de Jesús ha de ser cristiana, aprendiendo de la liturgia a recordar, contemplar, anunciar y vivir el misterio de Cristo».⁸⁰ Se entiende en toda su fuerza que san Juan Pablo II afirme: «Ya que la muerte de Cristo en la Cruz y su resurrección constituyen el centro de la vida diaria de la Iglesia y la prenda de su Pascua eterna, la Liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida».⁸¹

En definitiva sólo podemos decir *Abba* con Cristo, en comunidad con Él.⁸² Así «el cristiano encuentra en la persona de Cristo, Verbo hecho carne, el lugar en el que el hombre y Dios se encuentran y la oración es acogida».⁸³ En este sentido, «el protagonista de la oración, como de todo acto de culto, es Cristo que glorifica al Padre».⁸⁴ Y así como la alabanza trinitaria constituye el origen remoto de la oración de la Iglesia,⁸⁵ la ejemplaridad de la oración terrena del Señor constituye su origen próximo.⁸⁶ Por eso se requiere mirar constantemente y siempre

⁷⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, Enc. *Spe salvi*, 30.XI.2007, n. 10; *Homilía vigilia pascual*, 7.IV.2007.

⁷⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 10.XII.2008.

⁷⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 11. En este sentido es interesante leer G. DERVILLE, *La liturgia del trabajo. Levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32) en la experiencia de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» 38 (2006) 821-854.

⁷⁹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazareth II*, 274. En este sentido cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la vigilia pascual*, 15.IV.2006.

⁸⁰ J. LÓPEZ MARTÍN, *En el espíritu y la verdad*, II, Secretariado Trinitario, Salamanca 1994, 486.

⁸¹ JUAN PABLO II, Carta apost. *Vicesimus quintus annus*, 4.XII.1988, n. 6.

⁸² «La oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador, por quien tenemos acceso a Dios. Pues de tal manera él une a sí a toda la comunidad humana, que se establece una unión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y sólo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin» (OGLH, n. 6).

⁸³ LAMERI, *La Liturgia delle Ore*, 10.

⁸⁴ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 457.

⁸⁵ Cfr. CUVA, *La Liturgia delle Ore*, 16.

⁸⁶ Cfr. RAFFA, *La Liturgia delle Ore*, 156.

de manera nueva a Cristo.⁸⁷ Y esta mirada implica una necesaria transformación paulatina de nuestro ser, ir progresivamente identificándonos con Él.⁸⁸

Este proceso se da en máximo grado en la Eucaristía⁸⁹ y se difunde, de modo privilegiado, a lo largo del día por medio de la Liturgia de las Horas⁹⁰ y el culto al Santísimo Sacramento, «momento privilegiado para asimilar el pan de la Palabra partido durante la celebración y continuar la acción de gracias».⁹¹ De ahí que, «cuando la Iglesia ora y canta, se alimenta la fe de cuantos participan, y las mentes se dirigen a Dios presentándole una ofrenda espiritual y recibiendo de él su gracia con mayor abundancia».⁹² Podemos así afirmar que «el hombre con la alabanza horaria entra en contacto con la Santísima Trinidad porque se introduce vitalmente en el círculo de la glorificación eterna».⁹³

3. Eucaristía y Liturgia de las Horas

Antes de pasar al punto siguiente pensamos que será útil desarrollar brevemente la relación entre la Eucaristía y el Oficio divino, pues su ligamen interesa sustancialmente a la piedad y a la espiritualidad.⁹⁴ Toda la liturgia y la vida cristiana tienden a la Eucaristía y de ella reciben su propia linfa.⁹⁵ De hecho, el culto de la Iglesia que descansa principalmente en el Sacrificio Eucarístico y los sacramentos, se ordena y distribuye de modo que, por medio del Oficio divino, abraza las horas del día.⁹⁶ Por eso se puede decir que «extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofre-

⁸⁷ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de ordenaciones sacerdotales*, 3.v.2009.

⁸⁸ «Proprio come Cristo è divenuto tutto e ha portato a compimento tutto, così noi, per essere compiuti, dobbiamo diventare lui. E possiamo farlo solo lasciando che ci conformi a lui, al suo modello, il modello della nuova creazione. È questo rifacimento di noi nella nuova umanità che è il vero culto della nuova legge. Il culto e il sacerdozio antichi sono stati sostituiti dall'offerta di sé del Figlio di Dio, e il nostro culto consiste nel ripetere questo stesso modello nelle nostre vite, un modello che celebriamo nel simbolo quando ci incontriamo per ricordare ciò che egli fu e ciò che noi dobbiamo essere» (TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 407).

⁸⁹ Cfr. BENEDICTO XVI, Exh. apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, 22.II.2007, n. 71.

⁹⁰ Cfr. OGLH, n. 13.

⁹¹ FRANCISCO, Const. ap. *Vultum Dei quarere*, 29.VI.2016, n. 22.

⁹² OGLH, n. 14.

⁹³ RAFFA, *La liturgia delle ore*, 89. «En la glorificación divina que tributó al Padre, Cristo asoció a todos los hombres, pues sólo así podía presentarse al Padre como su representante (cfr. SC, 83; OGLH 3, 6-7). Esta asociación ontológica de los hombres al Verbo encarnado implica que toda oración humana y cristiana esté indisolublemente unida a Él, único mediador (cfr. 1Tm 2,5; Hb 8,6; 9; 15; 12, 24); pero exige, por parte de los hombres, una adhesión personal, libre y consciente, que les lleve a solidarizarse subjetivamente con Cristo, colaborando y participando en su vida litúrgica y salvadora. Esto debe darse incluso en la oración, armonizando la esfera óptica y la vivencial» (ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, 648).

⁹⁴ Cfr. RAFFA, *La liturgia delle ore*, 92-95.

⁹⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 5; BENEDICTO XVI, *Homilía en ordenaciones sacerdotales*, 3.v.2009.

⁹⁶ Cfr. Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, 20.XI.1947, AAS 39 (1947) 572.

cen en el Misterio eucarístico, centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana».⁹⁷

Como recordábamos antes con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «el Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, especialmente en la asamblea dominical, penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas».⁹⁸ Y así «vino a ser como un complemento necesario del acto perfecto de culto divino que es el sacrificio eucarístico, el cual se extiende así y se difunde a todos los momentos de la vida de los hombres».⁹⁹ Por este motivo, «los que realizan la Liturgia de las Horas están actualizando y haciendo presente y eficaz en la existencia de los hombres la oración de Cristo por la salvación del mundo, y de este modo santifican el tiempo de los hombres y el curso de la entera jornada».¹⁰⁰

Junto a este aspecto de “expansión y prolongación” del sacrificio eucarístico,¹⁰¹ el Oficio divino también es para «la celebración eucarística una preparación magnífica ya que éste suscita y acrecienta muy bien las disposiciones necesarias para celebrar la Eucaristía, como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación».¹⁰² En cierto modo se puede decir que «la santificación que se obtiene con la Misa de modo sintético y global, se cumple de forma más articulada, detallada y continua mediante el Oficio divino, a través del tiempo histórico, existencial y cósmico».¹⁰³

El Oficio divino y el culto al Santísimo Sacramento son dos realidades intrínsecamente unidas a la Santa Misa y son medios necesarios para su adecuada preparación, comprensión y prolongación a lo largo del día. En este sentido resulta lógico que el *Catecismo de la Iglesia Católica* afirme: «La Liturgia de las Horas, que es como una prolongación de la celebración eucarística, no excluye sino acoge de manera complementaria las diversas devociones del Pueblo de Dios, particularmente la adoración y el culto del Santísimo sacramento».¹⁰⁴

⁹⁷ OGLH, n. 12.

⁹⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1174.

⁹⁹ PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 719.

¹⁰⁰ LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 484.

¹⁰¹ «La Eucaristía y el Oficio celebran el mismo objeto dentro de cada día litúrgico y en el marco del tiempo o ciclo del año del Señor, pues cada domingo, solemnidad, fiesta, memoria o feria giran en torno a un doble polo bíblico y litúrgico: la celebración eucarística –cuyo exponente es el Leccionario y el formulario del Misal– y la oración de las Horas según el libro del Oficio divino» (ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, 657).

¹⁰² OGLH, n. 12.

¹⁰³ ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, 657. La misma idea por ejemplo en RAFFA, *La liturgia delle ore*, 93; LEIKAM, *Te alabaré por siempre. Introducción a la Liturgia de las Horas*, 469–474; J. CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas. Teología y espiritualidad*, Cpl, Barcelona 2003, 185.

¹⁰⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1178.

4. *Liturgia de las Horas: escuela privilegiada de la oración de Cristo*

A lo largo de las páginas precedentes hemos desarrollado la centralidad del Misterio pascual que hace posible la aspiración humana de reconciliación y unión con Dios: Misterio que se actualiza en la liturgia de la Iglesia porque Cristo está siempre presente en su Iglesia.¹⁰⁵ De hecho, «si en la liturgia no destacase la figura de Cristo, que es su principio y está realmente presente para hacerla válida, ya no tendríamos la liturgia cristiana, totalmente dependiente del Señor y sostenida por su presencia creadora».¹⁰⁶ Y por tanto, «en el centro de la oración litúrgica está siempre Cristo con su vida y su Misterio pascual».¹⁰⁷

En este sentido, «toda celebración litúrgica se caracteriza como memorial del misterio pascual de Cristo, porque es de tal Misterio que obtiene todo su contenido teológico y toda su eficacia salvífica. Por eso la oración litúrgica de la Iglesia tiene un preciso valor salvífico porque representa una singular actualización de la Pascua de Cristo. La eficacia de la oración de la Iglesia está estrechamente ligada a la eficacia de la oración de Cristo».¹⁰⁸

De ahí que, si se puede afirmar que la liturgia sea celebración del misterio de Cristo y de la vida cristiana, lo mismo se puede decir con verdad de la Liturgia de las Horas: «Ella es una celebración de lo que llegamos a ser o estamos llegando a ser en Cristo. Somos el Cuerpo de Cristo, y Cristo presente es un himno perenne de alabanza y de glorificación delante del Padre. Nuestra vocación consiste en entrar en este acontecimiento salvífico, para vivir la vida de alabanza y glorificación sacerdotal de Cristo, De hecho, la Iglesia, como su Cuerpo Místico, es asociada a la eterna oración sacerdotal de la Cabeza».¹⁰⁹

Se entiende que la liturgia, como afirma Bouyer, sea “escuela de meditación”,¹¹⁰ puesto que no sólo nos enseña, de manera objetiva, el misterio de Cristo en el que convergen todas las Escrituras; nos da también el único método subjetivo de asimilación de la palabra divina, que nos permitirá comprenderla de modo no sólo intelectual, sino verdaderamente vital.¹¹¹ Es lo que experimentamos en el Oficio divino, pues con su estructura armoniosa surge de modo natural el diálogo entre nosotros y Dios que, como siempre, toma la iniciativa de dirigirse a nosotros.¹¹²

¹⁰⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

¹⁰⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de la región Norte 2 de Brasil en visita ad limina*, 15.IV.2010.

¹⁰⁷ M. AUGÉ, *Liturgia e spiritualità. Un caso particolare ed emblematico: la preghiera*, in *Miscellanea di studi su liturgia e vita consacrata*, Claretianum ITVC, Roma 2011, 212.

¹⁰⁸ RAFFA, *La Liturgia delle Ore*, 161.

¹⁰⁹ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 456.

¹¹⁰ L. BOUYER, *La liturgie, demeure aujourd'hui le lieu de la vie spirituelle pour le prêtre et pour le laïc*, «La Maison-Dieu» 69 (1962) 12.

¹¹¹ Cfr. TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 441; L. BOUYER, *Il mistero pasquale*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1955, 36.

¹¹² «En la Liturgia tomamos conciencia de que el hombre, o más concretamente, porque nosotros somos creados por medio de la Palabra, somos colocados por este hecho en una situación de diálogo, con el cual respondemos a Dios. La existencia del hombre es como tal una existencia responsorial, fundada en la llamada de Dios y en la respuesta del Hombre» (LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 477).

Así pues, la Liturgia de las Horas es *fuentes privilegiada* de vida espiritual, «entramos en familiaridad con las Augustas Personas»¹¹³ y podemos considerarla también *escuela y norma* de oración. La liturgia, y por tanto el Oficio divino en el que la Iglesia se une a Cristo y, en Cristo, al Padre, fundamenta y realiza esa proximidad de Dios al hombre en que se basa toda la oración cristiana. Ahora bien para que esto sea así, «es preciso que las celebraciones sean un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo a nivel personal e interno, lo cual se logra cuando los que asisten a ella lo hacen con el espíritu adecuado (cfr. SC, n. 11)».¹¹⁴ Se trata de que los que rezan se “adueñen” de esta oración, «buscando a Cristo y penetrando cada vez más por la oración en su misterio, alaben a Dios y eleven súplicas con los mismos sentimientos con que obraba el divino Redentor».¹¹⁵

Es decir, se requiere «que la piedad objetiva que la liturgia implica sea vitalmente asumida –vivenciada en la fe, reafirmada en la esperanza, prolongada en el amor– por quienes participan en su celebración. Dicho con otras palabras, a condición de que la objetividad que las acciones litúrgicas implican –la presencia real del poder salvador de Cristo y, en uno u otro grado, de Cristo mismo– no sea considerada sólo en su objetividad –es decir, como realidad cuya verdad se afirma, pero sin entrar en comunión con ella– sino, además e inseparablemente en su virtualidad salvífica, dando lugar a un proceso de apropiación subjetiva y personal».¹¹⁶ Esto se da siempre y cuando la mente de cuantos celebran la Liturgia de las Horas concuerde con su voz.¹¹⁷ Como recuerda OGLH, «para que se adueñe de esta oración cada uno de los que en ella participan, para que sea manantial de piedad y de múltiples gracias divinas, y nutra, al mismo tiempo, la oración personal y la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la mente concuerde con la voz».¹¹⁸

Este célebre adagio, “*mens concordet voci*” nos sitúa ante lo que podríamos calificar de primera dimensión del *ars celebrandi*. Como afirmó Benedicto XVI: «la *celebratio* es oración y coloquio con Dios, de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Por tanto, la primera exigencia para una buena celebración es que el sacerdote entable realmente este coloquio».¹¹⁹ Teniendo bien presente que «la oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador, por quien tenemos acceso a Dios».¹²⁰ Cada orante vive el coloquio de unión con Dios, en Cristo, y esto se traduce también en la forma de nuestra oración. Como afirma de modo admirable san Agustín:

¹¹³ RAFFA, *La liturgia delle ore*, 89.

¹¹⁴ LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 489.

¹¹⁵ OGLH, n. 19.

¹¹⁶ J.L. ILLANES, *Tratado de Teología espiritual*, Eunsa, Pamplona 2007, 476. Esta misma idea la encontramos, por ejemplo, en RAFFA, *La liturgia delle ore*, 87.

¹¹⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 11 y 90.

¹¹⁸ OGLH, n. 19. También OGLH, nn. 105 y 108.

¹¹⁹ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

¹²⁰ OGLH, n. 6.

«Cuando nos dirigimos a Dios con súplicas, no establecemos separación con el Hijo, y cuando es el cuerpo del Hijo quien ora, no se separa de su cabeza, y el mismo salvador del cuerpo, nuestro Salvador Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en él nuestra propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros».¹²¹

Resulta por tanto necesario calar en toda la profundidad del “*mens concordet voci*”: «la *vox*, las palabras preceden a nuestra mente. De ordinario no sucede así. Primero se debe pensar y luego el pensamiento se convierte en palabra. Pero aquí la palabra viene antes. La sagrada liturgia nos da las palabras; nosotros debemos entrar en estas palabras, encontrar la concordia con esta realidad que nos precede».¹²² Y nos da las palabras y los gestos que nos permiten identificarnos, hacernos uno con Cristo: «Las palabras y los ritos litúrgicos son expresión fiel, madurada a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él; conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón».¹²³

En este sentido, «el sujeto orante es invitado a tomar los textos litúrgicos como textos que sean guía de su mente, de sus sentimientos, y norma que informe el contenido de su oración».¹²⁴ Y así, por medio del Oficio divino los hombres aprenden a rezar con Cristo con todo lo que ello supone pues, «buscando a Cristo y penetrando cada vez más por la oración en su misterio, alaban a Dios y elevan súplicas con los mismos sentimientos con que obraba el divino Redentor».¹²⁵

Para que este diálogo con Dios sea profundo es de capital importancia el silencio interior y exterior; silencio que «es la condición ambiental que mejor favorece el recogimiento, la escucha de Dios y la meditación».¹²⁶ Es necesario «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia (cf. OGLH, n. 202)».¹²⁷ En realidad se trata de cultivar la experiencia del silencio pues «redescubrir el puesto central de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia quiere decir también redescubrir el sentido del recogimiento y del sosiego interior. La gran tradición patristica nos enseña que los misterios de Cristo están

¹²¹ AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 85, 1: CCL 39, 1176.

¹²² BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006.

¹²³ CONGREGAZIONE PER IL CULTO DIVINO E LA DISCIPLINA DEI SACRAMENTI, Instr. *Redemptionis sacramentum*, 25.III.2004, n. 5.

¹²⁴ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 481. La misma idea en AUGÉ, *Liturgia e spiritualità. Un caso particolare ed emblematico: la preghiera*, 206.

¹²⁵ OGLH, n. 19.

¹²⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 10.VIII.2011.

¹²⁷ JUAN PABLO II, Carta apost. *Spiritus et Sponsa*, 4.XII.2003, n. 13.

unidos al silencio, y sólo en él la Palabra puede encontrar morada en nosotros, como ocurrió en María, mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente».¹²⁸

Un silencio que no es una simple pausa, en la que vienen a nosotros mil pensamientos y deseos, sino ese recogimiento que nos da la paz interior, que nos permite tomar aliento, que descubre lo que es verdadero. De este modo, «en esta *liturgia de silencio*, el Espíritu Santo *aboga por nosotros con gemidos que no pueden ser expresados en palabras e inspira una oración según Dios* (Rm 8, 26–27)».¹²⁹ Entendemos que «no pueda darse, pues, oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo».¹³⁰ Una orientación fundamental consiste en volver a aprender el silencio, la apertura a la escucha, que nos abre al otro, a la Palabra de Dios.

IV. LITURGIA DE LAS HORAS: ORACIÓN DE LA IGLESIA

En la carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Orationis formas*, publicada en 1989, encontramos unas palabras que pueden servirnos de resumen a lo dicho hasta el momento y como prefacio a esta segunda parte: «la oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura. Por eso se configura, propiamente hablando, como un diálogo personal, íntimo y profundo, entre el hombre y Dios. La oración cristiana expresa, pues, la comunión de las criaturas redimidas con la vida íntima de las Personas trinitarias. En esta comunión, que se funda en el bautismo y en la eucaristía, fuente y culmen de la vida de Iglesia, se encuentra contenida una actitud de conversión, un éxodo del yo del hombre hacia el Tú de Dios. La oración cristiana es siempre auténticamente personal individual y al mismo tiempo comunitaria».¹³¹

Del texto anterior queremos fijarnos en dos afirmaciones que constituyen dos características esenciales de toda oración, es decir su carácter cristológico–trinitario y eclesial. La OGLH recoge estas mismas ideas cuando afirma: «La oración que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único Mediador, por quien tenemos acceso a Dios»;¹³² y más adelante sigue diciendo: «En Cristo radica, por tanto, la dignidad de la oración cristiana, al participar ésta de la misma piedad para con el Padre y de la misma oración que el Unigénito expresó con palabras en su vida terrena, y que es continuada ahora incesantemente por la Iglesia y por sus miembros en representación de todo el género humano y para su salvación».¹³³

¹²⁸ BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 30.IX.2010, n. 66.

¹²⁹ LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 461.

¹³⁰ OGLH, n. 8. Cfr. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 16.V.2012.

¹³¹ CDF, Carta *Orationis formas*, 15.X.1989, n. 3.

¹³² OGLH, n. 6.

¹³³ OGLH, n. 7.

Al primer aspecto ya hemos dedicado las páginas anteriores y lo podemos resumir diciendo: estamos llamados al diálogo, a la unión con Dios, pero sólo podemos decir *Abba* con Cristo, en comunidad con Él y por la acción del Espíritu Santo.¹³⁴ Ahora querría añadir que, «cada vez que clamamos y decimos: «¡Abba, Padre!» es la Iglesia, toda la comunión de los hombres en oración, la que sostiene nuestra invocación, y nuestra invocación es invocación de la Iglesia».¹³⁵ Sólo Jesús puede decir “Padre mío”. Todos los demás únicamente podemos dirigirnos a Dios como Padre en comunión con aquel “nosotros” que Jesús ha inaugurado, porque todos hemos sido creados por Dios y somos creados uno para el otro en Dios. Así pues, al tratar de la dimensión eclesial de la Liturgia de las Horas veremos brillar, en la Iglesia que reza, el esplendor de la Santísima Trinidad, sentiremos siempre resonar junto a la voz de la Iglesia la misma voz de Cristo, el Esposo.¹³⁶

Este segundo aspecto está en relación directa con la pregunta: ¿cómo aprendo a rezar? Y pienso que la contestación es: rezando con otros. Es cierto que el Señor recomienda: «*Cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará*» (Mt 6, 6). Pero esto no es una llamada al individualismo. En realidad, «toda oración posee un carácter individual, porque todo ser humano se encuentra ante Dios personalmente, con su nombre. Y sólo así la persona se abre al otro».¹³⁷ Y al mismo tiempo, «cuando la oración se vive “en lo secreto” (Mt 6, 6), siempre es oración de la Iglesia, comunión con la Trinidad Santísima (cfr. OGLH, n. 9)».¹³⁸

Así pues, aislado de los demás, sin abrirse a los otros, no se puede rezar a Dios. Por eso podemos afirmar que «la fe cristiana, nunca es mera relación subjetiva o personal–privada con Cristo y su palabra, sino que es totalmente concreta y eclesial».¹³⁹ De ahí que «ningún cristiano ora solo. Le acompaña siempre el Espíritu Santo. Su oración es siempre a dúo y a coro, en la que resuena la invocación de la Iglesia en la epiclesis continua a su Señor».¹⁴⁰

En este sentido, puesto que la vida de Cristo en su Cuerpo místico perfecciona y eleva también la vida propia o personal de todo fiel, debe rechazarse cualquier

¹³⁴ Cfr. OGLH, n. 8, CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1073, 2652, 2655.

¹³⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 23.v.2012.

¹³⁶ Cfr. CUYA, *La Liturgia delle Ore*, 29.

¹³⁷ RATZINGER, *Introducción en CDF, Carta Orationis formas*, 13.

¹³⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2655.

¹³⁹ RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, 172.

¹⁴⁰ LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 473. Se refería a esta idea BENEDICTO XVI: «Al orar, se abre nuestro corazón, entramos en comunión no sólo con Dios, sino también propiamente con todos los hijos de Dios, porque somos uno. Cuando nos dirigimos al Padre en nuestra morada interior, en el silencio y en el recogimiento, nunca estamos solos. Quien habla con Dios no está solo. Estamos inmersos en la gran oración de la Iglesia, somos parte de una gran sinfonía que la comunidad cristiana esparcida por todos los rincones de la tierra y en todos los tiempos eleva a Dios; ciertamente los músicos y los instrumentos son distintos –y este es un elemento de riqueza–, pero la melodía de alabanza es única y en armonía. Así pues, cada vez que clamamos y decimos: “¡Abba, Padre!” es la Iglesia, toda la comunión de los hombres en oración, la que sostiene nuestra invocación, y nuestra invocación es invocación de la Iglesia» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 23.v.2012).

oposición entre la oración de la Iglesia y la oración personal; e incluso deben ser reforzadas e incrementadas sus mutuas relaciones. De hecho la oración personal «es preparación y prolongación de la oración litúrgica».¹⁴¹ De ahí que «la meditación debe encontrar un alimento continuo en las lecturas, en los salmos y en las demás partes de la Liturgia de las Horas. [...] Cuando la oración de Oficio se convierte en verdadera oración personal, entonces se manifiestan mejor los lazos que unen entre sí a la liturgia y a toda la vida cristiana».¹⁴²

La relación armónica entre oración personal y comunitaria se deduce del misterio mismo de la oración que conlleva los dos aspectos cristológico-trinitario y eclesial a los que nos referíamos antes.¹⁴³ En la oración es Dios el que toma la iniciativa, Él llama incesantemente a cada hombre al misterioso encuentro de la oración.¹⁴⁴ Al mismo tiempo y junto al carácter personal hemos de tener en cuenta que «quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente».¹⁴⁵ Y tal santificación y salvación, realizada por Cristo especialmente por medio de su Misterio pascual, llega a nosotros de modo privilegiado por medio de la Iglesia y la liturgia, que lo anuncia y celebra, para que los fieles den testimonio de Él en el mundo.

1. *El medio privilegiado de encuentro que transforma y une con Dios*

En el *Catecismo de la Iglesia Católica* se lee: «La Liturgia, obra de Cristo, es también una acción de su Iglesia. Realiza y manifiesta la Iglesia como signo visible de la comunión entre Dios y de los hombres por Cristo».¹⁴⁶ Por eso se puede decir que «toda acción litúrgica es un encuentro entre Cristo y la Iglesia».¹⁴⁷ Es decir, «un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras».¹⁴⁸

¹⁴¹ FRANCISCO, Const. ap. *Vultum Dei quarere*, 29.VI.2016, n. 17.

¹⁴² PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 723.

¹⁴³ «La oración, por una parte, debe ser muy personal, un unirme en lo más profundo a Dios. Debe ser mi lucha con él, mi búsqueda de él, mi agradecimiento a él y mi alegría en él. Sin embargo, nunca es solamente algo privado de mi “yo” individual, que no atañe a los demás. Esencialmente, orar es también un orar en el “nosotros” de los hijos de Dios. Sólo en este “nosotros” somos hijos de nuestro Padre, a quien el Señor nos ha enseñado a orar. Sólo este “nosotros” nos abre el acceso al Padre. Por una parte, nuestra oración debe ser cada vez más personal, tocar y penetrar cada vez más profundamente el núcleo de nuestro “yo”. Por otra, debe alimentarse siempre de la comunión de los orantes, de la unidad del Cuerpo de Cristo, para plasmarme verdaderamente a partir del amor de Dios” (BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa de ordenación episcopal*, 5.II.2011).

¹⁴⁴ Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2567.

¹⁴⁵ CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, n. 9.

¹⁴⁶ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1071.

¹⁴⁷ *Ibidem* n. 1097.

¹⁴⁸ *Ibidem* n. 1153.

Es lo que recuerda OGLH: «La santificación humana y el culto a Dios se dan en la Liturgia de las Horas de forma tal que se establece aquella especie de correspondencia o diálogo entre Dios y los hombres, en que Dios habla a su pueblo... y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración».¹⁴⁹

No se puede pasar por alto que el mundo considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño. Se hace necesario abrirle de nuevo el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante.¹⁵⁰ Es en Jesucristo donde el amor toma carne y sangre. De ahí que «en un mundo que ha cambiado, y cada vez más obsesionado con las cosas materiales, debemos aprender a reconocer de nuevo la presencia misteriosa del Señor resucitado, el único que puede dar amplitud y profundidad a nuestra vida».¹⁵¹

Desde este punto de vista, la categoría del *encuentro* se presenta como estructura esencial y especial de la celebración litúrgica, no sólo por Aquél con quien nos encontramos, sino por las consecuencias que conlleva. La Liturgia de las Horas se amolda, de modo perfecto, a las afirmaciones precedentes pues «tanto en la celebración comunitaria, como en la recitación a solas, se mantiene la estructura esencial de esta Liturgia, que es un coloquio entre Dios y el hombre».¹⁵² La estructura de la celebración es un punto que, junto con la relación con la Palabra de Dios, conviene tener siempre presente y en el que es necesario profundizar si se quiere que el Oficio divino sea verdaderamente fuente de vida espiritual, fuente de unión con Dios.¹⁵³

En este sentido también la estructura de la Liturgia de las Horas tiene un carácter normativo, sirve de inspiración y guía a toda oración.¹⁵⁴ Como recuerda OGLH: «las lecturas y oraciones de la Liturgia de las Horas constituyen un manantial de vida cristiana. Esta se nutre de la mesa de la Sagrada Escritura y de las palabras de los santos, y se robustece con las plegarias».¹⁵⁵ No podemos estudiar ahora los diversos elementos que constituyen la Liturgia de las Horas,¹⁵⁶ pero es evidente que son «un precioso conjunto de elementos especialmente eficaces para una intensa vida espiritual fundada sobre un encuentro verdaderamente personal entre Dios y los hombres».¹⁵⁷

¹⁴⁹ OGLH, n. 14 citando a su vez CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*. n. 33.

¹⁵⁰ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 30.IX.2010, n. 2.

¹⁵¹ BENEDICTO XVI, *Mensaje de clausura del I Congreso Eucarístico Internacional* (Dublín), 17.VI.2012.

¹⁵² OGLH, n. 33. Cfr. también OGLH, n. 14 citando a su vez CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*. n. 33.

¹⁵³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31.VIII.2006; AUGÉ, *Liturgia e spiritualità. Un caso particolare ed emblematico: la preghiera*, 207; LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 456; LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 477-485; TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 435-442.

¹⁵⁴ Cfr. LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 474; CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas. Teología y espiritualidad*, 176; LEIKAM, *Te alabaré por siempre*, 477.

¹⁵⁵ OGLH, n. 18.

¹⁵⁶ Cfr. Oficio de Lecturas (OGLH, nn. 55, 56); Salmos (OGLH, nn. 100-109); lecturas de los Padres y Escritores eclesiásticos (OGLH, nn. 163-165)

¹⁵⁷ CUA, *La Liturgia delle Ore. Note teologiche e spirituali*, 53.

Se puede afirmar que la estructura de la Liturgia de las Horas modela, nutre y modera nuestra oración personal¹⁵⁸ y a su vez la oración privada la hace más interior, personal e intensa.¹⁵⁹ En definitiva, ambas oraciones, litúrgica y privada, están íntimamente relacionadas, aunque la oración de la Iglesia tiene valor fundante y normativo pues «en ella toda oración cristiana encuentra su fuente y su término».¹⁶⁰ Y posee este especial valor por su carácter de oración pública y común del Pueblo de Dios,¹⁶¹ es decir, por su “publicidad eclesial” con la que se subraya que la Liturgia de las Horas es la oración hecha *en nombre de la Iglesia, de toda la Iglesia, de la Iglesia como tal*.¹⁶²

Lo dicho hasta el momento nos permite entender mejor que la *celebratio* litúrgica sea oración y coloquio con Dios. Diálogo en el que no sólo hablamos como personas individuales, sino que entramos en el “nosotros” de la Iglesia que ora. «La liturgia no parte del yo sino del nosotros».¹⁶³ Sin olvidar que «nadie ora al margen del nosotros eclesial».¹⁶⁴ De hecho, «orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Pero para que eso no se convierta en una autocontemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando con la Iglesia».¹⁶⁵ Por este motivo, hemos de transformar nuestro “yo” entrando en el “nosotros” de la Iglesia, con las palabras de la Iglesia, entablando realmente un coloquio con Dios.¹⁶⁶

2. La Liturgia, escuela de encuentro con Dios

En cierto modo este “entrar” en el “nosotros” de la Iglesia que reza, hace referencia al carácter objetivo de la Liturgia de las Horas. Es decir, la oración de la Iglesia es «en su acepción íntegra y genuina, universal y objetiva».¹⁶⁷ Y ese carác-

¹⁵⁸ Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1177.

¹⁵⁹ Cfr. TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 439.

¹⁶⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1073.

¹⁶¹ Cfr. OGLH, n. 3.

¹⁶² Cfr. CUVA, *La Liturgia delle Ore*, 3.

¹⁶³ R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*. Utilizamos la traducción publicada en Cuadernos Phase, n. 100, Barcelona 2000², 27.

¹⁶⁴ LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 486.

¹⁶⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía Misa del Crisma*, 9.IV.2009.

¹⁶⁶ «El ideal de la oración de la Iglesia está en la identificación de la oración de sus miembros con la oración de Cristo. Esta identificación es real en el plano, por así decir, entitativo y ontológico de la comunión de vida entre Cristo y su cuerpo eclesial; pero es también meta y tarea, en el plano de la ascesis y del esfuerzo, de todos los que integran este cuerpo para acercarse, en su existencia y en la plegaria que la consagra, al ideal de esta identificación. El ideal podemos decir que sólo se logra en plenitud en la medida en que cada comunidad de los fieles, con sus pastores, es en verdad la Iglesia de Cristo, y su plegaria de alabanza o de súplica es la voz de la Esposa. De ahí que cuanto más santa sea la asamblea, por la vida santa de todos sus miembros y de la comunidad en sí, más perfecta será la asimilación a Cristo orante y mediador entre Dios y los hombres» (J. LÓPEZ MARTÍN, *La oración de las Horas. Historia, teología y pastoral del Oficio divino*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1984, 50).

¹⁶⁷ GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 8.

ter propio se basa, entre otros elementos, en su carácter tradicional y bíblico.¹⁶⁸ No podemos profundizar aquí en estos aspectos. Baste señalar, para intuir lo que supone el carácter tradicional del Oficio divino, su desarrollo y su permanencia sea temporal que geográfica en la vida de la Iglesia.¹⁶⁹ Y, a la vez, recordar que ese carácter tradicional, de algo que es dado, supone “entrar” en esta estructura que me precede, propia de la liturgia, y exige humildad. Como afirma Guardini, «la liturgia exige humildad. Humildad, en su aspecto de renuncia a la propia personalidad, de sacrificio de su soberanía, y en su concepto de acción o prestación, que consiste en que el individuo acepte voluntariamente toda una vida espiritual que se le ofrece fuera de él y que sobrepasa los estrechos confines de su vida».¹⁷⁰

3. *Encuentro con la Palabra divina*

Por lo que se refiere al carácter bíblico, el modelo de esta oración encuentra su origen en la Sagrada Escritura. Si bien la Palabra de Dios, en las mismas expresiones inmediatas que Dios ha escogido, se nos conserva en la Biblia, «historia de la incesante llamada de Dios»,¹⁷¹ en ninguna parte, sino en la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo, sigue estando presente entre nosotros y nos habla actualmente la Palabra viva de Dios en Cristo.¹⁷² Y en ella el Espíritu Santo permanece como Espíritu siempre vivificante. Es lo que experimentamos de manera especialísima en la celebración litúrgica donde Cristo mismo «está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura».¹⁷³ En este sentido, la asamblea litúrgica de la Iglesia es asamblea del pueblo de Dios, convocada por el mismo Dios, ante todo para escuchar su Palabra. Como recuerda Bouyer, la audición común y la audición activa de la Palabra divina se halla, en efecto, en el principio de la vida incesantemente renovada de un pueblo de Dios que merece este nombre.¹⁷⁴

Entramos en este diálogo, que nos salva y transforma en “trinitarios”,¹⁷⁵ por la acción del Espíritu Santo. Él, entrando en el orante, vincula su oración al misterio de Cristo y a su coloquio con el Padre. De este modo la liturgia es siempre «con-

¹⁶⁸ Cfr. TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 435-442.

¹⁶⁹ Es interesante observar que los documentos magisteriales que se refieren al Oficio divino empiezan destacando este aspecto. Cfr. Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, 20.XI.1947, AAS 39 (1947) 572; CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 84; PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, I.XI.1970, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 719-720; OGLH, n. 1; CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1174.

¹⁷⁰ GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, 31.

¹⁷¹ TAFT, *La liturgia delle ore in Oriente e Occidente*, 440.

¹⁷² Cfr. L. BOUYER, *Parola, Chiesa e sacramenti nel protestantesimo e nel cattolicesimo*, Morcelliana, Brescia 1962, 24.

¹⁷³ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

¹⁷⁴ Cfr. L. BOUYER, *La Eucaristía, centro de toda la liturgia*, en *La Eucaristía fuente y cumbre de toda la evangelización. VIII Congreso eucarístico nacional. Valencia, 22-28.V.1972*, Semana Gráfica, Valencia 1973, 244.

¹⁷⁵ Cfr. RATZINGER, Introducción en CDF, *Carta Orationis formas*, 11.

versación de los hijos con el Padre, que tiene lugar por medio de Cristo cabeza en la unidad del Espíritu, esto es, dentro de la comunidad eclesial». ¹⁷⁶ Entramos en aquel himno que se canta en las moradas celestiales, introducido por Cristo al encarnarse. ¹⁷⁷ Himno de alabanza, de súplica, de identificación con la voluntad del Padre, de amor en definitiva, en el que entramos por medio de la Liturgia de las Horas, «oración que la Iglesia realiza con Cristo y, a la vez, le dirige». ¹⁷⁸

Este encuentro del hombre con Dios, o mejor, de Dios con el hombre, empieza al hablarle Dios e intervenir en su vida a través de la Palabra. La iniciativa, como siempre, es del Señor que se sitúa, ahora resucitado y glorioso, en el centro de la *ecclesia* (cfr. Mt 18,20). Y su propósito es provocar en nosotros una respuesta, respuesta que abarque todo nuestro ser. En todo este proceso -Dios que habla y el pueblo que responde comprometiendo su vida- la Palabra de Dios es el elemento constitutivo esencial. ¹⁷⁹

De hecho, el Espíritu Santo, alma de la oración cristiana, a través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de cada celebración -medios adecuados para establecer el diálogo con Dios- ¹⁸⁰ y que están empapados de la Sagrada Escritura, ¹⁸¹ pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e imagen del Padre, a fin de que puedan incorporar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en cada acción litúrgica. ¹⁸² De ahí que la Iglesia «siempre ha sido consciente de que en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles». ¹⁸³

Por este motivo, la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* quiso restablecer «una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada». ¹⁸⁴ Y en la misma línea, en la Liturgia de las Horas reformada después del Concilio Vaticano II, «el tesoro de la palabra de Dios entra más abundantemente». ¹⁸⁵

¹⁷⁶ LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 476.

¹⁷⁷ Cfr. OGLH, n. 3.

¹⁷⁸ OGLH, n. 2.

¹⁷⁹ Cfr. BOSELLI, *Il senso spirituale della Liturgia*, 57-88.

¹⁸⁰ Cfr. LEIKAM, *Te alabaré por siempre. Introducción a la Liturgia de las Horas*, 460. Con otras palabras RAFFA: «Le formule e i gesti sono necessari, anzi sono preghiera anch'essi, specie nella celebrazione comunitaria, ma essi valgono in quanto sono emanazione di un calore spirituale dei singoli. In questo maniera quelli che pregano mostrano di essere una comunità di fede, di speranza e di carità (OGLH, nn. 7, 12, 16, 27), una comunità que adora in spirito e verità (Gv. 4, 23) e offre sacrifici spirituali graditi a Dio (1Pt 2, 5; LG, n. 8)» (RAFFA, *La liturgia delle ore*, 89)

¹⁸¹ Cfr. CONCILIO VATICANO, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 24.

¹⁸² Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1101. «La unidad de la Iglesia orante es realizada por el Espíritu Santo, que es el mismo en Cristo, en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados» (OGLH, n. 8)

¹⁸³ BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 30.IX.2010, n. 52.

¹⁸⁴ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 35.

¹⁸⁵ PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, n. 5, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae* I, Roma 1976, 721.

La liturgia y particularmente la liturgia romana, en su configuración, es materialmente bíblica,¹⁸⁶ y toda la liturgia surge de la proclamación, del anuncio de la Palabra de Dios. De hecho, en la celebración litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande.¹⁸⁷ Concretamente en la Liturgia de las Horas, «tanto las lecturas como los salmos, que se cantan en presencia del Señor, están tomados de la Sagrada Escritura, y las demás preces, oraciones e himnos están penetrados de su espíritu».¹⁸⁸

Consecuencia de lo anterior es que «se hace necesario que florezca en todos aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura que respira la Liturgia de las Horas de suerte que la Sagrada Escritura se convierta realmente en la fuente principal de toda la oración cristiana».¹⁸⁹ Y en este sentido la catequesis y formación bíblica que promueva un conocimiento más profundo de la Palabra de Dios es un deseo constante del Magisterio.¹⁹⁰

En el contexto de una adecuada comprensión de la Palabra de Dios, conviene tener en cuenta el papel de los Padres que nos han transmitido como una realidad viva la Palabra de los profetas y de los apóstoles, la han interpretado para nosotros y la han recompuesto con una larga y profunda unidad de visión.¹⁹¹ A su vez, la comprensión de la Sagrada Escritura que resulta del año litúrgico¹⁹² y, más especialmente la lectura de la Biblia que los Padres de la Iglesia nos han transmitido, constituyen una oración, un himno de alabanza a la santidad divina que no puede ser olvidada ni remplazada.

En esta línea, la exhortación apostólica *Verbum Domini* recuerda que «la Iglesia proclama y escucha la Sagrada Escritura siguiendo el ritmo del año litúrgico. Este despliegue de la Palabra de Dios en el tiempo se produce particularmente en la celebración eucarística y en la Liturgia de las Horas. En el centro de todo resplandece el misterio pascual, al que se refieren todos los misterios de Cristo y de la historia de la salvación, que se actualizan sacramentalmente».¹⁹³ Por eso, como recuerda la misma exhortación, se hace necesario un esfuerzo por «educar a los fieles a gustar el sentido profundo de la Palabra de Dios que se despliega en la liturgia a lo largo del año, mostrando los misterios fundamentales de nuestra fe».¹⁹⁴

¹⁸⁶ Cfr. L. BOUYER, *Le Métier de théologien. Entretiens avec Georges Daix*, Éd. Ad solem, Ginevra 2005², 235; AUGÉ, *Liturgia e spiritualità. Un caso particolare ed emblematico: la preghiera*, 211.

¹⁸⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 24.

¹⁸⁸ OGLH, n. 14.

¹⁸⁹ PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, n. 5, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae I*, Roma 1976, 722–723.

¹⁹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 90; PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*; CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1176.

¹⁹¹ Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 113.

¹⁹² Cfr. PABLO VI, Const. ap. *Laudis canticum*, 1.XI.1970, n. 5, *Enchiridion Documentorum Instaurationis Liturgicae I*, Roma 1976, 721.

¹⁹³ BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 30.IX.2010, n. 52.

¹⁹⁴ *Ibidem*.

De ahí que la Liturgia de las Horas sea «una forma privilegiada de escucha de la Palabra de Dios, porque pone en contacto a los fieles con la Sagrada Escritura y con la Tradición viva de la Iglesia».¹⁹⁵ De hecho, el Oficio Divino «se nutre de la mesa de la Sagrada Escritura y de las palabras de los santos y se robustece con las plegarias».¹⁹⁶ Por eso, en primer lugar, «los que participan en la Liturgia de las Horas pueden hallar una fuente abundantísima de santificación en la Palabra de Dios, que tiene aquí principal importancia».¹⁹⁷

La misma celebración de las Horas pone en relación la Palabra de Dios con la comunidad viviente de la Iglesia, que es el «lugar originario de la interpretación escriturística».¹⁹⁸ En efecto, «toda lectura de la Biblia se sitúa necesariamente en un determinado contexto de lectura, y el único contexto en el que el creyente puede estar en plena comunión con Cristo es la Iglesia y su Tradición viva».¹⁹⁹ La Escritura y la Tradición forman un todo inseparable, y lo experimentamos celebrativamente por medio de la Liturgia de las Horas, donde vivimos siempre de nuevo la experiencia de los primeros discípulos, que «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42).

En definitiva, si tenemos en cuenta el carácter objetivo de la Liturgia de las Horas, basado en su fisonomía tradicional y bíblica, resulta evidente el consejo de Benedicto XVI: «Tratemos de rezar la Liturgia de las Horas como auténtica oración, como oración en comunión con el Israel de la Antigua y de la Nueva Alianza, como oración en comunión con los orantes de todos los siglos, como oración en comunión con Jesucristo, como oración que brota de lo más profundo de nuestro ser, del contenido más profundo de estas plegarias. Al orar así, involucramos en esta oración también a los demás hombres, que no tienen tiempo o fuerzas o capacidad para hacer esta oración. Nosotros mismos, como personas orantes, oramos en representación de los demás, realizando así un ministerio pastoral de primer grado».²⁰⁰

4. *Encuentro con Dios de la mano de la Iglesia de todos los lugares y tiempos*

A lo largo de esta segunda parte hemos desarrollado la idea de la Liturgia de las Horas como oración de la Iglesia. Es este un punto de gran trascendencia pues «el Concilio ha querido ver en la Liturgia una epifanía de la Iglesia, pues la Liturgia es la Iglesia en oración».²⁰¹

¹⁹⁵ *Ibidem*, n. 62.

¹⁹⁶ OGLH, n. 18.

¹⁹⁷ OGLH, n. 14.

¹⁹⁸ BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 30.IX.2010, n. 29.

¹⁹⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Comisión Teológica Internacional*, 2.XII.2011.

²⁰⁰ BENEDICTO XVI, *Encuentro con sacerdotes*, Frisinga 14.IX.2006.

²⁰¹ JUAN PABLO II, Carta apost. *Vicesimus quintus annus*, 4.XII.1988, n. 9.

Y si nos preguntamos, «¿quién es el auténtico sujeto de la Liturgia? La respuesta es simple: la Iglesia. No es la persona singular –sacerdote o fiel– o el grupo que celebra la liturgia que es, en primer lugar, acción de Dios a través de la Iglesia, y que posee su historia, su rica tradición y su creatividad».²⁰² En realidad, «la universalidad y apertura fundamental, que es propia de toda liturgia, es una de las razones por la que ésta no puede ser ideada o hecha por la comunidad singular o por sus maestros de liturgia, sino que debe atenerse a las formas de la Iglesia universal».²⁰³

Desde esta perspectiva es evidente el principio de que el verdadero sujeto de la liturgia es la Iglesia, concretamente la *communio sanctorum* de todos los lugares y de todos los tiempos. En cada celebración litúrgica, por tanto en la celebración de la Liturgia de las Horas, coparticipa toda la Iglesia, cielos y tierra, Dios y los hombres.²⁰⁴ Y es lógico, pues «la Liturgia es acción del Cristo total (*Christus totus*). Por tanto, quienes celebran esta acción, independientemente de la existencia o no de signos sacramentales, participan ya de la Liturgia del cielo».²⁰⁵ Según esto, «existe una estrecha relación entre la Liturgia de las Horas, como oración de la Iglesia peregrina, y el cántico de alabanza que resuena sin cesar en la Iglesia celestial, entre la función sacerdotal del Cristo glorioso junto al Padre y el sacrificio de alabanza que la Iglesia terrestre ofrece por toda la humanidad en el oficio divino».²⁰⁶

La liturgia cristiana, aunque se celebre solamente aquí y ahora, en un lugar concreto y exprese el sí de una comunidad determinada, es por naturaleza católica, proviene del todo y conduce al todo, en unidad con el Papa, con los obispos, con los creyentes de todas las épocas y lugares.²⁰⁷ Cuanto más una celebración está animada de esta conciencia, tanto más concretamente en ella se realiza el sentido de la liturgia. En realidad es lo que, de modo sintético, se lee en la exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*: «la belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo, resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia».²⁰⁸

²⁰² BENEDICTO XVI, *Carta al Gran Canciller del Pontificio Instituto de Música Sacra en el I Centenario de su fundación*, 13.V.2011.

²⁰³ BENEDICTO XVI – RATZINGER, *Opera omnia*, XI, *Teología de la liturgia*, 517.

²⁰⁴ Cfr. LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad*, II, 487. Conviene recordar que «El cristiano, también cuando está solo y ora en secreto, tiene la convicción de rezar siempre en unión con Cristo, en el Espíritu Santo, junto con todos los santos para el bien de la Iglesia» (CDF, *Carta Orationis formas*, 15.IV.1989, n. 7). Cfr. también OGLH, n. 9, CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2655 y BENEDICTO XVI, *Audiencia general* 25.IV.2012: «en la relación con Dios, en la escucha de su Palabra, en el diálogo con él, incluso cuando nos encontramos en el silencio de una iglesia o de nuestra habitación, estamos unidos en el Señor a tantos hermanos y hermanas en la fe, como un conjunto de instrumentos que, aun con su individualidad, elevan a Dios una única gran sinfonía de intercesión, de acción de gracias y de alabanza».

²⁰⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1136.

²⁰⁶ ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, 658. A esta realidad se refiere la OGLH, n. 16.

²⁰⁷ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 22.II.2007, n. 16.

²⁰⁸ *Ibidem*, n. 36.

V. CONCLUSIÓN

Hemos de concluir estas páginas y lo hacemos recordando las ideas principales. En la primera parte hemos podido afirmar que la liturgia, y en concreto la Liturgia de las Horas, es fuente de vida espiritual porque es participación en la oración de Cristo, diálogo de amor eterno con su Padre, que caracteriza de modo esencial su vida y se manifiesta de modo admirable en su misterio pascual. Ahora podemos añadir que puede llegar a ser fuente de vida espiritual *para nosotros*, porque redimidos por el misterio pascual y configurados con Cristo, por acción del Espíritu Santo, podemos entrar en este diálogo filial con el Padre que es la liturgia, y hacerlo personalmente²⁰⁹ como miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

En otras palabras, a la comunión con Dios se accede, a través de la realización de la comunión de Dios con el hombre, que es Cristo en persona. A su vez, el encuentro con Cristo crea comunión con Él mismo y, por tanto, con el Padre en el Espíritu Santo, y, a partir de ahí, une a los hombres entre sí. Y este encuentro con Cristo llega a los hombres a través del anuncio de la Iglesia. Así nace la comunión de los hombres entre sí, la cual, por su parte, se funda en la comunión con el Dios uno y trino. Y todo esto se expresa por medio de la oración, diálogo de amor, presente en la Trinidad, que se nos hace visible en Jesucristo y al que por medio de la Iglesia, y la liturgia que la manifiesta, tenemos acceso.

En definitiva, los dos aspectos que constituyen la base de la Liturgia de las Horas como fuente de vida espiritual –la dimensión cristológico-trinitaria y eclesial– están íntimamente unidos.²¹⁰ «Cristo prolonga su función sacerdotal a través de su Iglesia, que, sin cesar, alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio divino».²¹¹

Por eso podemos afirmar también que la eclesialidad de la Liturgia de las Horas se funda en su estrecha conexión con la persona y el mensaje de Cristo: «Ser amigo de Jesús, ser sacerdote significa, por tanto, ser hombre de oración. Así lo reconocemos y salimos de la ignorancia de los simples siervos. Así aprendemos a vivir, a sufrir y a obrar con él y por él. La amistad con Jesús siempre es,

²⁰⁹ «Certamente, la preghiera liturgica non esige la rinuncia al proprio *io*, alla propria storia e originalità personali, richiede però che il credente si sappia situare in un orizzonte più ampio e in atteggiamento di apertura e di dialogo. Si può affermare che quando il soggetto si esprime con il *noi* tipico della liturgia, allora vive la dimensione completa di se stesso autenticamente. La celebrazione cristiana, al tempo stesso che rispetta il nostro *io*, ci educa a crescere nella dimensione del *noi* comunitario» (AUGÉ, *Liturgia e spiritualità. Un caso particolare ed emblematico: la preghiera*, 210).

²¹⁰ «El hecho de que la Liturgia de las Horas posea una dimensión trinitaria y cristológica deja traslucir su dimensión eclesial, en cuanto que es la oración que continúa el cántico de alabanza que resuena en el seno de la Santísima Trinidad desde la eternidad; cántico que fue introducido en la tierra por el Verbo encarnado y continúa ahora, de modo ininterrumpido, en y por la Iglesia, misterio de comunión» (ABAD, *La celebración del misterio cristiano*, 651)

²¹¹ CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 83.

por antonomasia, amistad con los suyos. Sólo podemos ser amigos de Jesús en la comunión con el Cristo entero, con la cabeza y el cuerpo; en la frondosa vid de la Iglesia, animada por su Señor». ²¹² Consecuencia última de lo que acabamos de decir son las palabras del Papa Francisco dirigidas a las religiosas contemplativas: «la vida de oración y la vida contemplativa no pueden vivirse como repliegue en vosotras, sino que deben ensanchar el corazón para abrazar a toda la humanidad, y en especial a aquella que sufre». ²¹³

En este contexto concluimos con un doble deseo, por una parte con el Papa Francisco, nos sentimos animados a «no anteponer nada al *opus Dei*, para que nada obstaculice, nada os separe, nada se interponga en vuestro ministerio orante. Y así, por medio de la contemplación, os transformareis en imagen de Cristo y vuestras comunidades llegarán a ser verdaderas escuelas de oración»; ²¹⁴ y por eso queremos, con Benedicto XVI, «celebrar la sagrada liturgia dirigiendo la mirada a Dios en la comunión de los santos, de la Iglesia viva de todos los lugares y de todos los tiempos, para que se transforme en expresión de la belleza y de la sublimidad del Dios amigo de los hombres». ²¹⁵

ABSTRACT

La liturgia, y en concreto la Liturgia de las Horas, es fuente de vida espiritual porque es participación en la oración de Cristo, diálogo de amor eterno con su Padre, que caracteriza de modo esencial su vida y se manifiesta de modo admirable en su misterio pascual. Al mismo tiempo, la Liturgia de las Horas puede llegar a ser fuente de vida espiritual *para nosotros*, porque redimidos por el misterio pascual y configurados con Cristo, por acción del Espíritu Santo, podemos entrar en este diálogo filial con el Padre que es la liturgia, y hacerlo personalmente como miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

The liturgy, and specifically the Liturgy of the Hours, is a source of spiritual life because it is a participation in the prayer of Christ, a dialogue of eternal love with his Father, which is an essential characteristic of his life, and which was excellently manifested in his paschal mystery. At the same time, the Liturgy of the Hours can become a source of spiritual life *for us*, since, having been redeemed through the paschal mystery and configured to Christ by the working of the Holy Spirit, we are able to enter into that filial dialogue with the Father—which the liturgy is—and to make it our own as members of the Church, the Body of Christ.

²¹² BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa del Crisma*, 13.IV.2006.

²¹³ FRANCISCO, Const. ap. *Vultum Dei quarere*, 29.VI.2016, n. 16.

²¹⁴ *Ibidem*, n. 17.

²¹⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la celebración de las Vísperas*, Abadía de Heiligenkreuz, 9.IX.2007.